



LA AMENIDAD

BOLETIN SEMANAL DE ILUSTRACION Y RECREO

EVANGELINA.

POEMA DE H. W. LONGFELLOW,

TRADUCIDO DIRECTAMENTE DEL INGLÉS

POR D. JUAN DE IZAGUIRRE,

Luego aparecieron tenues franjas de canas en sus sienas, alborada de otra vida, que amaneció en su horizonte terrenal como en cielo por Oriente las primeras tenues fajas de la mañana.

V.

En aquella tierra deliciosa que bañan las aguas de Delaware, y guarda entre las sombras de sus selvas la memoria del apóstol Peun, se alza sobre las márgenes de la linda corriente la ciudad que él fundó. Allí toda la atmósfera está embalsamada, y el melocoton es emblema de la belleza, y las calles aun repiten los nombres de los árboles de la selva, como si quisiesen apaciguar á las driadadas cuyas guardias perturbaron.

Allí había desembarcado Evangelina del turbulento mar, cuando la desterraron, encontrando entre los

hijos de Peun hogar y patria. Allí falleció el anciano René Leblanc, y al partir tuvo á su lado uno tan solo de sus cien descendientes. Á lo ménos había en aquellas amistosas calles algo que hablaba á su corazón y la hacía no considerarse ya como una forastera: el *tú por tí* de los cuáqueros agradaba á su oído, pues le recordaba su pasado y el antiguo país acadiense, donde todos eran iguales y se trataban como hermanos. Así, que cuando terminó su pesquisa infructuosa con el desengaño de sus proyectos, para no volver á emprenderla más en la tierra, sin exhalar una queja, allí, cual planta en busca de sol, encamináronse sus pensamientos y sus pasos.

Como cuando de la cima de una montaña las húmedas neblinas de la mañana desaparecen rodando y contemplamos á lo lejos el paisaje, á nuestros pies, iluminado por el sol, con ríos resplandecientes y ciu-

dades y caseríos, así se disiparon las neblinas de su inteligencia, y vió á sus piés á lo léjos el mundo, no ya sumido en su oscuridad, sino todo iluminado por

el amor; y vió la senda que á tan alto la habia conducido, suave y hermosa en lontananza.

No olvidó á Gabriel. Dentro de su corazon tenia su



Evangelina estaba arrodillada junto á su cama.

imágen vestida con la belleza del amor y la juventud como la última vez que le habia visto, y aún la hacia más bella su silencio mortal y su ausencia. El tiempo

no habia hecho mella en sus pensamientos acerca de él, porque no pensó en el tiempo. Sobre él no pasaron los años; no habia cambiado, sino que se habia

trasfigurado; había llegado á ser para el corazón de Evangelina como uno que ha muerto, no que está ausente.

La paciencia y la abnegación de sí misma y el afecto á los demás, ésta fué la lección que sacó de una vida de pruebas y de pesares. Así se difundió su amor; pero, como las especies odoríferas, no sufrió merma ni pérdida al llenar el aire con su aroma. Mas no tenía esperanza ni otro deseo en su vida que el de seguir humilde con pasos reverentes las huellas sagradas de su Salvador.

Así vivió muchos años como hermana de la Caridad, asistiendo desamparadas lechos en las arboladas callejuelas de la ciudad, donde la penuria y el hambre se escondían de la luz del sol y las enferme-dades y las penas se consumían ulúlaltas en los desvanes.

Noche tras noche, cuando el mundo dormía y el sereno anunciaba en alta voz por las calles azotadas por la lluvia que no ocurría novedad en la población, allá en lo alto de alguna ventana solitaria brillaba la llama de su luz. Un día y otro, con el *grío* de la alborada, cuando cubriose marchaba por los arrabales el labrador alienado con sus flores y plantas hacia el mercado, se encontró aquel rostro pálido y humilde que regresaba á su hogar de su velada.

Y ocurrió que la peste pasó por la ciudad, anunciada por signos portentosos, sobre todo por bandadas de palomas agrestes que oscurecían el sol volando, sin llevar en su pie más que bellotas. Y como el mar que se enfurece por el mes de Setiembre, y saca de madre alguna plateada corriente, espaciéndola como lago por la pradera, así la muerte inundó la vida, y desbordándola de sus márgenes naturales, convirtió en lago salobre la corriente plateada de la existencia.

La riqueza no tuvo poder para comprar, ni la belleza para seducir al verdugo; pues todos por igual perecieron al azote de su ira; sólo que los pobres, ¡ay! que no tienen amigos ni asistentes, se arrastraron para morir en el hospital, que es la casa de los que no tienen casa.

Se instaló el hospital en los arrabales, en medio de los prados y las arboladas, después en la ciudad; pero siempre con su pueria y humilde póstigo abiertos entre esplendores, parecía que sus paredes repatían suavemente las palabras del Señor: «Siempre habrá pobres entre nosotros.»

Allí de noche y de día llegaba la hermana de la Caridad. El moribundo contemplaba su rostro y creía en verdad ver rayos de luz celestial que rodeaban su frente con aureola tal como la que los artistas resplandeciente pintan sobre las sienes de santos y apóstoles ó como la que rodea de noche á las ciudades vistas á distancia; á sus ojos parecían las luces de la ciudad celestial por cuyas puertas resplandecientes ábren de mucho habían de entrar sus almas.

En la mañana de un domingo, Evangelina, atravesando calles desiertas y silenciosas, penetró con lento paso por la puerta del hospital. En el aire matutino aspirábase el olor suave de las flores del jardín. Se detuvo y recogió las más hermosas de ellas,

para que los moribundos se alegrasen con su belleza y fragancia.

Después, al subir las escaleras de los corredores refrescados por viento del Este, llegaron á sus oídos los repiques del campanario de la Iglesia de Cristo, y mezcladas con ellas, á través de los prados, las armonías de los salmos cantados por los auecos en su iglesia de Wicaco.

Suave, como alas que descienden, penetró la calma de la hora hasta su espíritu; algo interior le decía: «Por fin tus pruebas van á concluir», y con radiante mirada entró en la mansión de la peste.

Sin ruido se movían los sirvientes asiduos y cuidadosos, humedeciendo los labios febriles y la sien dolorida, y corriendo en silencio los ciegos ojos de los muertos, y tapando su rostro en las camillas donde yacían como montones de nieve á orillas del camino. Más de una lánguida cabeza se alzó al entrar Evangelina y se revolvió en su lecho de dolor para contemplarla al paso, pues su presencia caía en aquellos corazones como rayo de sol en los lóbregos muros de una prisión.

Al mirar en torno suyo vió cómo la muerte, la consoladora, poniendo su mano en más de un corazón, lo había curado para siempre. Muchas formas conocidas habían desaparecido durante la noche; sus plazas estaban vacías ó llenas ya por desconocidos.

De repente, como si el temor ó un sentimiento de estupor la detuviese, paróse inmóvil con los labios descoloridos entreabiertos, mientras que todo su cuerpo se estremecía; las flores se escaparon de sus manos, y de sus ojos y mejillas la luz y el frescor de la mañana. Después escapóse de sus labios un grito de tan terrible angustia, que los moribundos lo oyeron y se incorporaron asustados en sus camas.

Era que en el lecho que delante tenía, había visto tendida la figura de un anciano. Largos y claros y canosos rizos sombreaban sus sienes; pero al resplandor de la luz matutina y en la posición en que estaba su cara, por un momento pareció como que recobraba otra vez las líneas de su primera juventud; así suelen á veces cambiar los rostros de los que van á morir. En sus labios ardientes y rojos ardia aún el fuego de la fiebre, como si la vida, imitando al hebreo, hubiera salpicado de sangre sus umbrales para que el ángel de la muerte viese la señal y pasase de largo. Yacía inmóvil, sin sentido, moribundo, y su espíritu extenuado parecía próximo á hundirse en las profundidades infinitas del abismo, abismo de sueño y de muerte. Pero á través de aquellas regiones oscuras oyó con múltiples reverberaciones el grito de dolor, y entre el silencio que le siguió, una dulce voz que con tierno acento, como de santo, que susurraba: «¡Gabriel! ¡Oh, mi amado!»

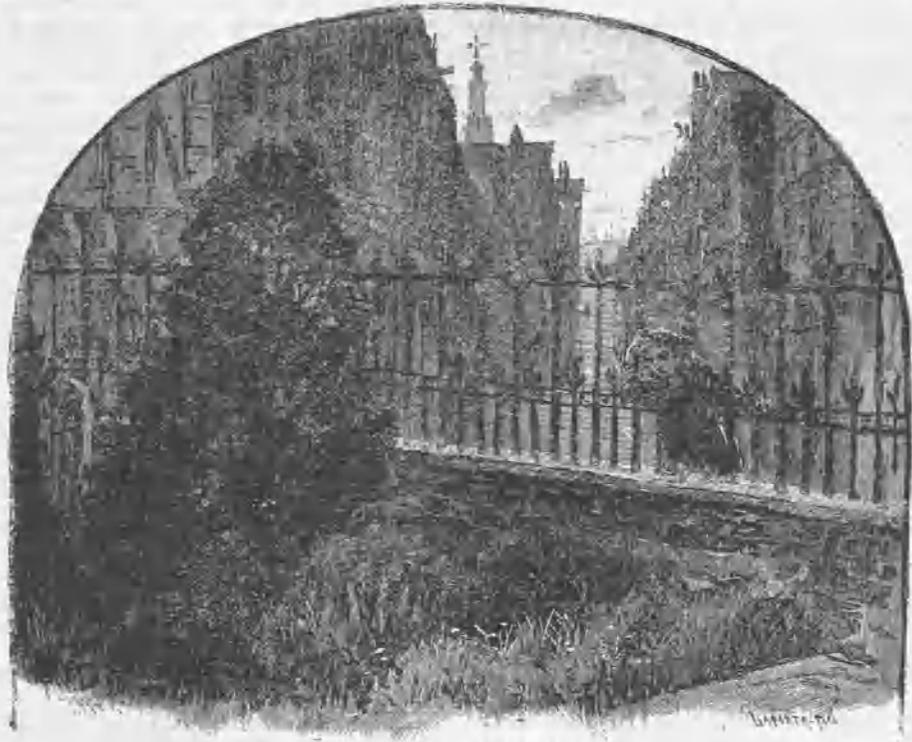
Y después vió como en sueños una vez más el hogar de su infancia, las verdes praderas acadianas y los ríos que corren por entre ellas, la aldea y la montaña y las arboladas, y paseando bajo sus sombras, como en los días de su juventud, la figura de Evangelina. Agolparonse las lágrimas á sus ojos, y cuando lentamente alzó los párpados, la visión se desva-

neció, pero Evangelina estaba arrodillada junto á su cama.

En vano trató de murmurar su nombre, pero aunque los acentos no prorumpidos murieron en sus labios, su movimiento reveló lo que su lengua hubiera dicho. Quiso inútilmente incorporarse, y Evangelina, de rodillas á su lado, besó sus labios moribundos y

descansó su cabeza en su pecho. ¡Cuán dulce era la luz de sus ojos! Pero de repente se hundió en la oscuridad como lámpara apagada por ráfaga de viento en una ventana.

¡Todo habia ya acabado; la esperanza, el temor, el pesar, el duelo del corazón, la incansable aspiración no satisfecha, toda la monótona y profunda pena, y



Duermen en sus tumbas los dos amantes.

la constante angustia del sufrimiento! Al apretar una vez más contra su pecho aquella cabeza sin vida, humildemente doblando la suya, murmuró: «¡Gracias, oh Padre mío!»

Tranquila se alza la selva primitiva; pero no lejos de su sombra, el uno al lado del otro, duermen en sus tumbas anónimas los dos amantes. Bajo las humildes paredes del pequeño cementerio católico, en el corazón de la ciudad, descansan desconocidos é ignorados. Diariamente con las olas de la vida afluyen y refluyen en torno suyo miles de corazones palpitantes; mientras los suyos yacen para siempre; miles de cerebros adoloridos, mientras los suyos ya no piensan; miles de manos trabajadoras, mientras las suyas han cesado de trabajar; miles de pies cansados, mientras los suyos han terminado su jornada.

Tranquila se alza la selva primitiva; bajo la sombra de sus ramas, vive otra raza con otras costumbres y otra habla. Sólo á lo largo de la costa del melancólico y brumoso Atlántico quedan unos pocos

aldeanos acadienses, cuyos padres desde el destierro volvieron en peregrinación á morir en el seno de su suelo natal. En la choza del pastor aun funcionan el torno y el telar; las jóvenes aun usan sus tocados normandos y las capellinas de tejido casero, y á la luz del crepúsculo vespertino se refieren la leyenda de Evangelina, en tanto que desde sus cavernas pedregosas la voz profunda del vecino Océano con desconsolados acentos responde al lamento de la selva.

NOTA.

Los hechos históricos en que está basado el poema de *Evangelina*, son los siguientes:

Habiendo surgido ciertas diferencias entre los Gobiernos inglés y francés, sobre los límites de las posesiones de ambas naciones en la América del Norte, con objeto de zanjar la cuestión, la región próxima á la bahía de Hudson, y la provincia de Acadia, llamada despues Nueva Escocia, fueron cedidas en 1713 á la Gran Bretaña.

Acadia estaba habitada por una excelente población francesa. Cuando aquellas buenas gentes supieron que su país había sido cedido á Inglaterra, y que no eran ya súbditos del monarca francés, se apenaron de tener que reconocer otro amo. Sabían que los ingleses y los franceses eran poco amigos entre sí, y temían verse obligados alguna vez á empuñar las armas contra los franceses; por lo que suplicaron á los ingleses que no se les forzase nunca á un servicio tan doloroso y que se les excusase del juramento de fidelidad.

La súplica no mereció una atención especial; pero durante algun tiempo se les dispensó cierta tolerancia respecto á ambos puntos. Al cabo de cuarenta años, el Gobierno inglés cayó en la cuenta de que aquellos franceses *neutrales*, como se les llamaba, podían llegar á ser un peligro para sus intereses, poniéndose de parte de los franceses canadienses, sus enemigos activos. Y en razón á este peligro supuesto, sin la más leve provocación justificada ni el menor viso de justicia, el Gobierno inglés determinó lanzar de sus posesiones á aquellas gentes pacíficas, prósperas é inofensivas.

Los acadienses no tenían ni la más remota idea del fin que les aguardaba. Durante la época de la siega se les mandó sembrar en un distrito dado, y cumplimentada la orden, se les notificó que quedaban prósperos que sus tierras, ganados y bienes muebles no les pertenecían ya, sino que quedaban confiscados por el Gobierno, y que sólo con lo que pudiesen llevar consigo habían de abandonar inmediatamente la provincia.

En un solo distrito, 255 casas, otras tantas granjas, una iglesia y once molinos fueron destruidos. Se dispusieron buques para trasladar á los perseguidos acadienses á puntos del continente distintos, tales como Luisiana, la Guayana francesa, en la América meridional, y otros de las entonces provincias inglesas del Atlántico.

Tales gentes se habían hecho notar por su laboriosidad, su hábil agricultura, sus costumbres morales y su piedad ejemplar. Las tierras producían trigo y maíz, patatas y lino en abundancia. Las casas estaban provistas de todo lo necesario para su comodidad. Sus numerosos rbaños les daban lana, que trabajaban en familia para vestirse. No tenían papel-moneda; escusaban de plata y oro; vivían del cambio sencillo. Tan pocas disputas tenían entre ellos, que los tribunales y abogados estaban de más; los más expertos y prudentes dirimían sus pequeñas diferencias. Eran católicos. Los sacerdotes extendían sus documentos públicos, escribían sus testamentos y los custodiaban mientras no llegaba la muerte á exigir el cumplimiento de sus disposiciones. En pago de tales servicios, los habitantes les concedían un veintisiete avo de la cosecha para su subsistencia.

En setiembre de 1775, el coronel Winslow, que residía ordinariamente en Marsfield, en el condado de Plymouth, en Massachusetts, fué enviado de Real orden para demoler las propiedades de los *neutrales* y expulsarlos, sin excepción alguna, de la provincia. El coronel deploró profundamente que se le cometie-

se este cruel servicio. «Mirables (dijo) como á semejantes suyos, y era desagradable para su carácter y temperamento el causar daño.» La primera medida al desembarcar en Gra-Pré fué hacer prisioneros á varios centenares de las personas más considerables de la comarca. En fuerza de sus reiteradas súplicas, se les permitió á los prisioneros, por turnos de á diez, volver á despedirse de sus desgraciadas familias, y contemplar por última vez sus lindos campos y amados y perdidos hogares.

Aquellos desgraciados soportaron su infortunio con firmeza, hasta que se dió el orden de llevarlos al buque transporte para ser muchos dispersados por las provincias inglesas, cuyos hábitos, idioma y religión estaban en contradicción con cuanto les era grato y sagrado.

El 10 de Setiembre, los prisioneros fueron llevados en columna de diez en fondo, y los jóvenes, un número de 150, á bordo de los buques. Se resistieron ellos, á menos que se permitiese á sus familias acompañarlos. Se les negó, y se mandó á los soldados obligarles con las bayonetas caladas.

El trayecto desde la iglesia hasta la plaza estaba empujado de mujeres y niños, que de rodillas y con los brazos y los ojos levantados al cielo invocaban las bendiciones del Altísimo sobre los pacientes tan inhumanamente arrancados de sus brazos. Algunos de éstos prorumpieron en amargos lamentos, otros oraban en alta voz y otros cantaban melancólicos himnos al proseguir su marcha hacia los buques. Los hombres más granados formaron otro destacamento, y su partida dió lugar á oscuras desgarradoras semejanzas. Otros buques después se llevaron á las mujeres y los niños. Sus casas fueron incendiadas á su vista. Consumióse la obra destructora. Desolada y despoblada quedó la linda region: sus viviendas envueltas en humo; el ganado, abandonado, se reunió en torno de las olvidadas moradas, buscando ansiosamente á sus amos, y toda la larga noche los fieles muestres labraron buscando las manos que les habían alimentado y los techos que les habían dado abrigo.

Las penas de una familia servirán para dar una idea de los sufrimientos de aquellos expatriados. Entre ellos había un notario público, llamado René Leblanc. Este era partidario de los ingleses. En una ocasión los indios quisieron arrastrarlo á que les ayudase en una intenciona contra aquellos; se negó á ello, y los indios, resentidos, lo cogieron y lo tuvieron prisionero cuatro años.

Cuando la expulsión, Leblanc era ya de una edad avanzada. Su lealtad á los ingleses y sus sufrimientos por causa de ella merecían favor, pero no halló ninguno. Leblanc tenía 20 hijos y unos 150 nietos; fueron embarcados en distintos buques y esparcidos por provincias separadas. El desgraciado anciano fué desembarcado en Nueva-York con su esposa y sus dos hijos menores. El cariño que profesaba á los suyos condújole, buscándolos de ciudad en ciudad. En Filadelfia encontró á tres de sus hijos, y allí, desesperanzado de recuperar á los demás, y consumido por la penuria y el dolor, bajó á la tumba.

«Hay lugar á preguntarse», dice un escritor en la

Revista Norte-Americana, si la historia del mundo ofrece incidente más desgarrador que el destierro de estas gentes apacibles y desgraciadas. Cuando el viajero contempla los hermosos diques levantados por su laboriosidad; cuando discurre bajo la sombra de sus frondosos huertos, y se detiene ante las ruinas de sus

caseríos, ó medita sobre sus tumbas; la imaginación retrocede á una escena de felicidad rural y pureza de costumbres, raras veces vista en el mundo, y el corazón se acorcha ante el terrible hado de los pobres acadienses.

(De la edición de las obras poéticas de Longfellow, de Dicks.)

AVENTURAS DE UN PILLUELO DE PARÍS EN OCEANÍA,

POR LUIS BOUSSENARD.

TRADUCCION DEL FRANCÉS POR ALFREDO GARCÍA LOPEZ.

—Es posible todo eso. Pero aquel viejo tanante, el jefe, que vivía en París en una especie de palacio, y que se ahogó en una alcantarilla al huir en el momento en que los individuos del consejo de guerra iban á enjuagarle, aquél quedó bien muerto.

—Es verdad. Después de una lluvia torrencial se encontró en una alcantarilla que comunicaba con la casa habitada por el presunto jefe de los bandidos, un cadáver con la cara roída por las ratas y completamente desconocido. Pero aquel cadáver ¿sería el suyo?

—¡Mil truenos! ¡Tienes razón! En ese caso volveríamos á empezar.

—Sin duda, y en condiciones más desastrosas. Ahora estamos dispersos por todas partes y sin un céntimo. La pobreza nos importa poco á nosotros dos, pero no somos solos.

—Tenemos la niña. ¡Pobrecita!...

—¡Tampoco tú la has olvidado!

—¡Yo—exclamó Pierre le Gall con singular viveza—olvidar á aquella querida criatura del buen Dios! Estás perdido, marinero. La veo todavía con sus largas trenzas doradas como espigas.... sus grandes ojos azules como nuestro hermoso cielo.... Oigo su voz deruiseñor que me dice, cuando después de haber pasado un mes en tierra golpeaba yo en los cristales suspirando por oler la breja: «Vamos, querido Pierre, veo que tenéis la nostalgia del mar; es preciso volver en seguida á bordo y regresar pronto. Me aburriré mucho, pero escribiré. ¡Oh! Eso es el amor á la patria del marino, que es el mar. ¿No soy yo hija de marino?». Mira, una música como ésa me agrada á mí mucho más que el; ¡Preparen para viajar! ¡No la oigo con los oídos, sino con esto!—terminó, aplicándose un puñetazo en el pecho, que sonó como un gong.

—¡Hija de marino!—repuso tristemente Fricquet;— cree que su padre fué siempre un hombre sin miedo y sin tacha, digno de ese nombre de marino que ha manchado convirtiéndose en pirata. ¡Ella, Maggie! La hija de Flaxhaut, el jefe de los bandidos del mar! Por fortuna no somos más que cinco los que conocemos el horrible secreto, los cinco hombres de

honor: el señor André, el comandante, el doctor Lamperrière, tú y yo. Nuestra hermana Margarita será feliz.

—El padre ha muerto arrepentido. Su culpa está borrada. Tienes razón. La niña será feliz.

—Así es, amigo mío, y el recuerdo de esa felicidad me entristece en este día. Cuanto más pienso en ella ménos natural me parece la serie de catástrofes que nos abruma. El señor André arruinado, el comandante arruinado, el doctor arruinado hasta el punto de que no tiene más que su sueldo para mantener á su madre y á su hermana. ¡Todo eso en ménos de dos años! El señor André, deseando constituir una fortuna para su hija adoptiva, monta con sus últimos recursos aquel negocio de los *Plantadores-Viajeros*, de Sumatra. Me cogió de improviso, me lleva. Tú estabas en Tolou, te llaman y marchamos con el doctor. Al principio todo iba bien; pero luego! Vamos á Macao para comprar colles. Empezamos un paseo con tiempo delictoso, y caímos en manos de un pirata que nos roba, nos saquea y nos encierra. No tenemos ningún medio de acción, y aquí estamos tres sujetos, uno de ellos niño, en un arrecife perdido cerca de las costas de Nueva Guinea.

—¡Qué!—dijo Pierre con emoción—¿acaso crees encontrar en este último golpe que nos hiere la mano de nuestros enemigos?

—¿Por qué no? Pero sea lo que quiera—añadió recordando de pronto su juvenil y comunicativo ardor—estamos heridos, pero no derrotados. Hemos sufrido más penas y peores que éstas, ¿no es cierto? Pasa el tiempo y es menester tomar la revancha. Para eso debemos proseguir pronto nuestra navegación interrumpida, volver á los países civilizados y luchar enérgicamente.

Después de pasar la noche en el atola desierto se puso á flote la piragua, y los tres hombres, nutridos con abundante ración de tortuga, no tardaron en apartarse del arrecife de coral, cuya presencia había evocado en su memoria recuerdos tan queridos como dramáticos. Cuatro días trascorrieron sin otros incidentes que los proporcionados por el aspecto de varias tierras separadas por estrechos de regular magnitud.

que, según creyó Friquet, debían ser las de Entrecasteaux. Este grupo, situado en la punta Sudeste de Nueva Guinea, es conocido tan sólo de nombre. También debe su origen á los pólipos y está habitada por negros tan inhospitalarios como los de la isla de Woodlark, á juzgar por las imprecaciones y las amenazas con que recibieron la aparición de la piragua.

Fué imposible atracar á tierra, con gran disgusto de Pierre, que hubiera querido dormir una buena siesta, y sobre todo comer algo distinto de las provisiones poco sustanciosas embarcadas á toda prisa.

Friquet se reía con toda su alma, mostrando á veces su carácter esencialmente burlón. El pilluelo de París reaparecía á través de la seria capa del que ha corrido mil aventuras.

—Maese Pedro—decía—parece que estás muy dedicado de boca. Haced el favor de aguardar un momento y se os servirá una ratá guisada con todo el arte de los restaurantes del boulevard.

—¡Hum!—gruñía el buen marinero.—El boulevard! Ese boulevard de que hablas está muy lejos, gran bribón. Hablas porque eres capaz de comer esa bazofia como si fuera harina de flor.

—¡Bazofia!—interrumpió Friquet escandalizado.—¡Bazofia! esos íguamos, esas batatas, esos cocos, esos bananos como no los he visto nunca en casa de Chevet, cuando me ponía á almorzar delante de su escaparate despues de haber mojado mi pan en la fuente Wallace que está junto al teatro Frances! ¿Cómo se conoce que no has «vivido de hambre», le mismo que yo durante quince años de tu vida!

—Sin embargo, bien sabes que puedo competir en sobriedad con el conejillo. ¿No hay duda de que la comida ordinaria del marinero es muy variada, y sobre todo muy espléndida!

—Entonces ¿por qué te quejas?

—No me quejo. Refunfuño al ver que no avanzamos gran cosa y que el tiempo pasa. Esto me parece tanto; ¿no te sucede á ti lo mismo, Víctor?

—Sí, señor—contestó con deferencia el chinuño.

—Sí, señor; no, señor, tu conversación es tan variada como nuestra comida, amiguito—continuó Friquet.—Veamos. Somos tres buenos amigos, ¿no es verdad? Pues dejémonos de ceremonias. En adelante suprima el señor ó el señor de que tanto abusas. Llámame sencillamente por mi nombre de Friquet.

—Sí, señor.

—¿Di Friquet!

—Fliké.

—Está visto que no le da escapar de mi suerte. Que quieras que no quieras me han de desollar en vida mis hijos adoptivos. Majestad, mi pillastre negro, me llama Fliki, y está fumante amarillo, Fliké. Sin embargo, esta última denominación es un progreso. Está bien, muchacho. En cuanto á ese viejo embreado, su nombre, contiene bastantes *ll* para hacerle dichoso.

—Sí..... Pielle le Gall....

Friquet se echó reír como un loco excitando también la risa del marinero breton.

—No tiene precio. ¡No le bastan dos *ll*! Necesita cinco. Anda, quéjate Pielle le Gall.

El pobre Víctor, que creía haber dicho una enanidad, se callaba con aspecto contristado, y ya empezaban á saltársele las lágrimas.

—No te apures, hombre. Todo esto lo digo para distraernos. Ríete también. Llámame como quieras. Tú eres un buen chico y nosotros te queremos con toda nuestra alma.

Y el marino tendió al adolescente su ruda y leal mano, mientras que el pilluelo de París le miraba y le decía:

—Dime, picavuelo, ¿no hay gente graciosa en tu país? Nosotros somos todos buenos chicos allá en París, que es el Pekín de Francia; un poco burlones en la forma, pero cariñosos y leales como perros.

—Ahora, maese Pierre le Gall, vamos á proporcionarnos víveres y una variedad de pan que á pesar de no estar cocido es sumamente agradable. Hablo del sagú.

—No le conozco.

—Pronto le conocerás. Es, prepárate á desembarcar, porque no tardaremos muchas horas en llegar á Nueva Guinea.

—¿Pero tú eres que nuestra travesta ha torruñado?

—Así lo creo, como no hayamos hecho falso rumbo.

—De eso respondo que no.

—Yo también opino como tú. Aquella alta cadena de montañas que se recorta sobre el horizonte con tonos de azul oscuro no puede pertenecer más que á una gran porción de tierra. En esta ocasión, combantes, es preciso abrir bien el ojo, porque si el país es bello, en cambio está mal habitado.

—¿Hay antropófagos?

—En su mayor parte. Pero acaso tendríamos la fortuna de caer en tribus que no están completamente dedicadas al canibalismo. Es un azar que corremos. Además, creo que no debemos temer una recepción como la que nos hicieron en la isla de Woodlark, porque los papus que habitan aquella parte del continente han tenido algunas relaciones con los europeos.

—Observa que dices continente, hijo mío.

—Bien puedo dar ese nombre á la Nueva Guinea, porque despues de Australia es la isla mayor del mundo.

—Es verdad.

—Si no me engaña la memoria, tiene unas cuatrocientas leguas terrestres de longitud, por ciento treinta de anchura; de modo que su superficie es de cuarenta mil leguas geográficas.

—En efecto, tienes razon para llamarla continente. ¿Cuál es su posición?

—Nuestro jiron de mapa inglés la coloca entre los 131° y 151° de longitud Este, y en latitud entre 0°19' y 10°40' Sur.

—Magnífico pedazo de tierra.

—Desgraciadamente es poco conocido. La costa occidental está algo más frecuentada y hay en ella varias factorías holandesas. Pero aquí, nada.

—Volvamos á los habitantes.

—Ciertos autores pretenden que servirían de transición entre la raza malaya y la raza etiópica.

— Por lo poco que he visto me parece que no pertenecen ni á una ni á otra.

— Participo completamente de tu opinion. Ademas se ha querido clasificarlos en dos categorías diferentes. Los *Arfaks* ó montañeses y los *Papus* propiamente dichos ó ribereños.

— ¡ Los papus !.... ¡ Siempre los papus !....

— El verdadero nombre de Nueva Guinea es *Papusa* ; creí que lo sabias. Esa denominación de *Arfak* viene sin duda de una cadena de montañas llamada así, y de ella ha pasado á los habitantes; pero me parece aventurado el deducir de aquí que todos los naturales habitantes de las montañas del interior son *arfaks*.

— En último caso, eso no nos importa nada.

— Al contrario. He leído que los papus ribereños son menos feroces que los montañeses. Los de la aldea de Dorey, donde hay un residente holandés, viven generalmente en buenas relaciones con los blancos y los malayos. La prueba está en que cuando los viajeros ó los traficantes se alejan hácia la parte de las montañas, los ribereños gritan con espanto: « ¡ *Arfaki*, *arfaki* ! »

— ¿ Está lejos esa aldea de Dorey? Tendrá comunicación con los países civilizados.

— Unas cuatrocientas leguas, es decir, en la punta Noroeste, y nosotros estamos en el extremo Sudeste.

— ¡ Ah, caramba! Pero con tiempo y paciencia se recorre esa distancia.

— Yo creo que es mejor llegar al estrecho de Torres y dirigirnos hácia la isla de *Booby*.

— ¿ Para qué?

— Ya te he dicho que te preparo una sorpresa.

— Está bien.

— Ahora lo importante es atraer á tierra para descansar un poco de nuestro viaje en el *Lao-Tsou*, y variar nuestra alimentación ordinaria. Míra lo que me propongo: En cuanto hayamos desembarcado nos dedicaremos á escoger un sitio para depositar nuestras armas, nuestras municiones, nuestros viveres y nuestros útiles, todo lo que no podamos llevar.

— Afortunadamente no faltan grutas.

— Luego quitaremos el mástil de la piragua y la sumergiremos hasta cinco ó seis brazas, de modo que nadie pueda verla.

— Muy bien. Tu proyecto es excelente, y no hay más sino ejecutarlo en seguida. Atrae despacio, porque tocamos ya en tierra.

La operación se verificó sin incidentes, y el plan del parisiense fué ejecutado en el momento. En cuanto la piragua quedó sumergida y sin contenido hábilmente disimulado en las profundas cuevas, en cuanto los naufragos pusieron las señales necesarias para volver á encontrar sus modestos bienes, tomaron sus armas, un hacha y una sierra, internándose en los bosques, guiados por la brújula.

Á los pocos minutos perdieron de vista la tierra, y sin transición alguna se encontraron en medio de los esplendores de la flora ecuatorial.

Figúrese el lector un espacio inmenso donde crecen esos vegetales enormes y fantásticamente hier-

mosos, cuyos tipos, aunque achaparrados en nuestros inviernos europeos, obligan á lanzar gritos de admiración á las personas menos impresionables. Mimosa, hibiscus, tecks, árboles de la canela, castaños, pandanus, bancksias, árboles del pan, higueras, palmeras de todas clases, gigantescos helechos arbóreos, leguminosas de hojas delicadísimas, sensitivas de proporciones increíbles, todos unidos por sus copas, formando una bóveda siempre verde, salpicada de brillantes flores, de la cual se desprenden como el empavesado de millares de buques esos bejucos provistos de corolas esplendorosas.

Fríquet saboreaba la delicia de aquel espectáculo encantador, pero al mismo tiempo no prescindía de adoptar la precaución que jamás olvidan los que recorren los bosques vírgenes.

Mientras caminaban iban dando bachazos, siempre al lado derecho, y arrancando ramas de los enormes troncos cargados de opulentas orquídeas.

— Esto es para volver á encontrar nuestro camino.

— Y esto otro para almorzar — dijo Pierre le Gall, apuntando rápidamente su carabina y haciendo fuego á lo más espeso de la selva.

Una inmensa bandada de palomas de las Molucas salió huyendo desde las altísimas ramas con un ruido ensordecedor, mientras que los loros, turbados en su siesta por aquella detonación insólita, protestaban chillando desesperadamente.

— El almuerzo se va volando, mi buen amigo Pierre.

— No tires arriba. Mi caza no se posa en los matorrales de juanete, sino que galopa por el puente, y por los saltos que da parece una rana tan grande como un carnero. ¡ Hola! Bien te decía yo — añadió Pierre, que se internó en la espesura y no tardó en volver, arrastrando por una pata un cuadrúpedo singular, cuya piel sedosa, color de rata, estaba agujereada por un proyectil. — Eso se come, ¿no es verdad?

— Sí, efectivamente; se come. Has sido muy feliz en tu estremo. Es un kanguroo admirable, y te advierto que su carne es deliciosa.

— Mejor. Voy á degollarle un un abrir y cerrar de ojos; entre tanto, enciende lumbré.... para no perder tiempo.

— ¡ Qué banquete nos aguarda!

— Yo comería ahora chuletas de elefante, estofado de tigre y lomo de perro rabioso.... ¡ Ah! Este animalito es el que llaman kanguroo. Me alegro por él, es decir, por nosotros. Es un bicho muy curioso con sus patas traseras, seis veces más largas que las de delante, su cola de dos varas y su bonita cabeza de gacela. Ea, hambrientos, el reparto va á comenzar. Pero no tenemos pan ni vino.

— Si quisieras aguardar un momento tendrías lo uno y lo otro.

— ¡ Esperar! Si tengo en el estómago todas las ratas de la despensa. No pienses en eso, hijo mío.

No tuvo que esperar mucho tiempo. La hoguera ardía ya y el kanguroo, cuidadosamente espetado en una rama de árbol de canela, empezó á tostarse despidiendo un aroma delicioso.

Friquet se había marchado, mientras su amigo con los ojos ardientes y las narices dilatadas, volvió con Victor, cargados ambos como mulos de contrabandista.

—Aquí tienes el postre, hambriento. Bananos, mangos y piñas. ¿Estás satisfecho?

—Como un almirante.

—Vamos á comer, porque tambien nosotros tenemos el estómago en los talones.

Cuando terminó aquella comida que necesitaban imperiosamente sus organismos debilitados, Friquet, cuya boca no se había abierto para hablar; caso raro! fué el primero en tomar la palabra.

—Ahora que estamos ya fortalecidos, debemos



Eso se come; no es verdad?

ocuparnos, mis buenos camaradas, de nuestro futuro abastecimiento. Las ocasiones como ésta son poco frecuentes, á juzgar por los relatos de los viajeros que pretenden que la Papuasía es bastante pobre en caza.

—Yo—dijo Pierre—haré lo que tú quieras. Mi casco está calafateado y puedo navegar de altura. Ea, di lo que te parezca, marinero.

—Pues digo: nuestra piragua puede contener cerca de dos mil kilogramos de provisiones.

—Un marino debe decir dos toneladas.

—Sea, dos toneladas. Estamos en vísperas de emprender un larguísimo viaje. ¿Quién sabe en cuánto tiempo nos será posible tocar en tierra para refrescar nuestras provisiones? Así, pues, debemos tener á mano los alimentos de primera necesidad para no desembarcar sino en un caso muy urgente.

—Dices bien, hijo mío; pero suponiendo que podamos surtirnos de viveres con esa abundancia, lo cual es posible á fuerza de tiempo, ¿estás seguro de

que esas provisiones no se echarán á perder, y que antes de poco tiempo no tendremos un cargamento de hongos?

—Respondo de todo. La carne y el pescado, si creemos conveniente llevarle, se conservarán tres semanas. La harina durará más de seis meses.

— Pase lo de la carne y el pescado, porque en al-

timo caso podemos curarlos al humo ó salarlos; pero la harina, ¿dónde diablos vas á encontrar harina?

— Hablo del sagú.

— ¿Y qué?

— Inmediatamente nos pondremos en busca de los árboles que le producen y mañana al amanecer empezaremos nuestra recolección.



Vamos á comer.

— Es decir, que ese árbol es una especie de árbol del pan, cuyos frutos, en lugar de contener una masa blanda encierran harina. Me parece que he oído hablar de eso.

— No estás al cabo de la calle, mi buen amigo. Es en el mismo tronco donde se encuentra en estado de médula esa preciosa sustancia, que es para los pueblos de la Polynesia lo que el casabe para los de la América Intertropical, es decir, el alimento que reemplaza al pan. Ni largos discursos ni extensas descripciones te enseñarían tanto como una demostración

práctica. El terreno es excelente para el desarrollo del árbol. Hé ahí pantanos de agua salobre que elige ese vegetal inapreciable. Sigamos, que no tardaremos en encontrarle. Mira ese grueso tronco inclinado casi horizontalmente sobre el suelo. Está como envuelto por hojas inmensas, y su copa termina en un enorme rama de flores.

— ¿Es ése el sagú? No tendremos que trabajar mucho para derribarle. ¡Qué forma tan rara! ¿Tiene costumbre de acostarse de esa manera?

— En terrenos flojos como éste no es extraño el

encontras bosques enteros de árboles de sagú completamente tendidos en el suelo. Es una particularidad común á la nipa, árbol de la misma especie, pero que no afecta en modo alguno á su vigor vegetal ni á la clase de su producto.

— ¿Vamos á comenzar ahora mismo la tarea?

— ¿Para qué? Se acerca la noche, y más vale construir un abrigo por si acaso graniza. Unas cuantas ligeras varillas atadas á dos árboles, y diez ó doce hojas de sagú nos proporcionarán un techado enteramente impermeable. Mañana haremos la recolección.

CAPÍTULO IX.

Molina, leñador y molinero.— Los útiles de una fábrica de harinas papu.— Cestos, filtros, morteros, martillos, artesas para lavar.— Sagú y sagú.— Tratados preliminares.— Preparación del mismo sagú.— En solo sagú puede alimentar á un hombre durante un año.— Diez días de trabajo buelton para asegurar la existencia anual de un indígena.— Cocción de la harina.— Harina explosible.— Comensales inesperados, pero hambrunos.— Dos negritos de Nueva Guinea.— Escleróticos tipos de antropófagos.— Ventanas de empuer la lengua malaya.— Ataque imprevisto.

Una bandala de toros ejecutó en las copas de los árboles un toque de diapa estrepitoso, y que sirvió á nuestros amigos de su profundo sueño.

— Manos á la obra, hijos míos — dijo Pierre, que fué el primero en levantarse. — El sol resplandece, nuestras hachas tienen un buen filo, y no basta más que un poco de cejeite de brazos para hacer la recolección. De mañana pasé á leñador antes de ser molinero. Dentro de algunas horas no me llamaré Pierre le Gall, sino Juan Hurina.

— ¿Cómo? — replicó Fricquet pensando en el hambre que el día anterior experimentó su amigo — ¿sin tomar un bocadillo?

— Hijo mío, no todos los días son de fiesta. Ayer había doble ración como en las grandes solemnidades; ahora se trata de volver á la maniobra.

— Como quieras. Puesto que tienes tan buenas disposiciones, nada nos impide ponernos á trabajar, tanto más, cuanto el calor del día se encargará de interrumpir nuestro trabajo.

— Mal hayn estos países del Ecuador, donde el sol convierte á un marino legítimo en una masa más blanda que la breca, le deshace los sesos, y le lanza al abordaje una fiebre endiablada si resiste.

— El caso es que hay una gran diferencia entre este sol y el que madura las cerezas de Montsouris y el abillo de Suresnes. Atenas, es preciso ser justos. Esos grandes árboles, esos hermosos frutos, esas espléndidas flores, constituyen una magnífica indemnización. Naufragar aquí es una felicidad, y yo prefero cien veces tostarme en las cercanías de los sitios donde viven los guimanes y las serpientes de cascabel, á tener sabañones entre los osos blancos.

— No digo lo contrario. Pero confiesa que esas interminables noches de doce horas, acaban por fatigar con su pesado calor. En cuanto á los días, como no se puede trabajar más que desde las seis hasta las nueve de la mañana, y desde las tres hasta las seis de la tarde, quedan reducidos á seis horas; total, diez y ocho horas diarias para holgazanear. Eso es

demasiado, y sospecho que vamos á volvernos tan perezosos como los habitantes de Nápoles.

— Por fortuna, somos capaces de terminar nuestra tarea en seis horas.

— Pues recuerda lo que acabo de decir: á trabajar.

— Vamos. Es preciso recoger sin tardanza nuestra harina. Para no perder el tiempo, voy, si me lo permites, á distribuir el trabajo.

— Anda, larga la corredera.

— En primer lugar, hay que derribar ese cocotero que tiene una docena de frutos verdes.

— ¡Así! — dijo Pierre, cortando con vinco á seis hachazos vigorosos el tronco, que cayó ruidosamente.

— ¿Ves ese bolso cubierto de fibras como una malla color de tabaco que rodea por la base el extremo de cada coco?

— Lo veo muy bien.

— Eso nos servirá esta tarde de cedazo para tamizar la médula del sagú. Conviene quitarlos cuidadosamente sin que se rompan.

— Ya está.

— Ahora necesitamos una gruesa estaca cada uno, ó mejor aún, una maza.

— Eso es fácil. En un cuarto de hora están acabadas.

— Bueno, entre tanto escogerémos árbol. Aquí hay uno que me parece hallarse en excelentes condiciones. No es muy alto ni muy grueso; su tronco tendrá unos seis metros de altura por un metro veinticinco centímetros de diámetro. Está lleno de succulenta harina á juzgar por este ligero polvo amarillo que cubre la base de las hojas.

— Debemos cortarle pronto en pedazos circulares.

— Espera. Primero necesitamos un mortero para triturar la pulpa con los mazos que tenemos.

— Me parece muy bien. Pero ¿de dónde vas á sacarle?

— Está en su sitio, aunque no es posible cogerle.

— No te entiendo.

— Es muy sencillo. La corteza no tiene más que unos tres centímetros de espesor. Haz una ligera hendidura con la sierra al rededor del tronco y á veinticinco centímetros de distancia del suelo.

— ¡Demonio! ¿Qué dura está!

— Y afortunadamente es delgada. Ya tenemos nuestro árbol separada del pié. Mira cómo aparece la médula que llena los dos trozos.

— Es verdad, y es roja como el ladrillo.

— Eso no sucede más que al pié; en la superior es de color blanco mate. Con algunos golpes de mazo, reducirémos á polvo la que está debajo.

— Ahora comprendo. El pié del sagú vaciado nos servirá de mortero. Eres muy ingenioso.

— Ya que posecinos este primer utensilio, bien fijo en el suelo mediante sus raíces, necesitamos una artesas y cestos. La confección de la artesas es asunto nuestro. Victor se ocupará de los cestos. Esas hojas gigantesas se trasformarán fácilmente en canastillos, cada uno de los cuales puede contener veinte kilogramos de pulpa. El limbo tiene una solidez á toda prueba, y del nervio principal se podría hacer una eslinga para un palo de carga.

—Vamos, Víctor, no te aturdas, y fabricamos un cesto á cada uno.

—Sí, sí, yo sé bien.

—La artesa que hemos de conducir cerca de ese arroyuelo que oigo murmurar entre los árboles, se ha de obtener de la otra extremidad del tronco, cerca del ramo de flores.

El parisiense empezó á trabajar con mucha destreza. Usando oportunamente del hacha y de la sierra, arrancó una banda circular de corteza en la base de las hojas, y obtuvo una cubeta, cuyo fondo estaba formado por el nudo.

—Ya están nuestros instrumentos concluidos, y el mismo sagotal es quien nos los ha suministrado, excepto el cedazo. ¡Hola, Víctor! ¿cómo están los cestos?

—En seguida, Fliquet.... en seguida están acabados.

—No nos falta más que dividir el árbol en trozos de un metro de altura y extraer de ellos la médula.

—Debe ser muy fácil arrancar esa especie de pasta, que parece patata seca; las manos entrarían allí como en la manteca.

—Haz la prueba, si puedes.

El marinero levantó cuidadosamente hasta el codo las mangas de su camisa, descubriendo un brazo de atleta, de músculos endurecidos por el roce de los pesados artefactos de la marina.

—Voy á sacarte eso de ahí dentro, con tanta facilidad como una campesina bretona saca la manteca del queso.

Friquet se reía.

Pierre introdujo ambas manos en la médula compacta, tiró con fuerza y.... se quedó asombrado al ver la inutilidad de sus esfuerzos.

—Maldito mozo de tahona —grufó con cómico acento.—La hornada está amarrada á la artesa.

—Amarrada, esa es la verdadera palabra —dijo Friquet.—Mira—continuó, raspando ligeramente con su machete la pulpa harinosa, y poniendo al descubierto unas fibras leñosas, delgadas, pero sólidas, que cruzaban horizontalmente la sustancia medular—¿ves esas cuerdecillas?....

—¡Ah! ¿Qué me vas á decir? ¿Cómo quieres romper esas endiabladas jarcias que están entrelazadas al tronco como si el gaviato más hábil hubiera intervenido?

—Para eso tenemos mazas. Vamos á machacar esa pasta, á quebratar la fibra y á desprender la sustancia triturada en el mortero.

—Bueno, ¿y después?

—Procedamos con método. Luego veremos.

Ambos amigos, robustos como gladiadores, tomaron una maza cada uno, descargándola alternativamente en medio de la médula, la cual quedó rota, triturada y convertida en menudos trozos.

El cilindro formado por la seccion del sagotal estaba perfectamente vacío. Ya no tenía más que una capa de unos tres centímetros de espesor en las paredes interiores, formada por la sustancia leñosa. Parecía uno de esos grandes tubos de hierro fundido que en las ciudades se emplean para conducir las aguas.

—Ahora vamos á utilizar el mortero para convertir esos pedazos en una harina gruesa, y luego nos ocuparemos en lavarla.

—Este sistema de manutención no me parece difícil ni fatigoso. Es una delicia el asegurarse la subsistencia tan rápidamente y con tan pocos gastos. Lo que me asombra es que los habitantes del país, que tienen caza y pescado en abundancia para comer con este pan, sean antropófagos.

—Y sorprende eso tanto más, cuanto un mediano trabajador, como lo son todos esos bribones de salvajes, pueden en seis días preparar sus viveres para un año.

—¡Parece imposible! En nuestros países, los buenos pescadores, los campesinos más hábiles, trabajan todo el año y con dificultad aseguran la pianza.

—Si —repuso Fliquet suspirando.—Siempre que pienso en mi vida de niño, abandonado en mi existencia famélica y laboriosa, no puedo menos de decir: «¡Dichosos los habitantes del país del sol!» Atiende y te convencerás—continuó mientras machacaba su pulpa harinosa.—Un árbol como éste, de siete metros de altura por un metro treinta centímetros de diámetro, puede dar treinta atomanos ó 6 rollos de quince kilogramos. De cada toman se hacen setenta panes de seis en kilogramo. Un hombre no come más que dos en cada comida, y con cinco puede mantenerse diariamente. Estos diez y siete panes, que pesan en conjunto de cuatrocientos cincuenta á quinientos kilogramos, son suficientes para el alimento de un año y sin trabajar mucho, porque dos obreros preparan un árbol en cinco días y al mismo tiempo dos mujeres le convierten en panes. Como la fécula se conserva muy bien en estado toscan, ese hombre podría hacer en menos de diez días su provision annual.

—¡Caramba! Después de saber eso ya no me asombra de que sean tan aficionados á holgazanear. Pero esa facilidad para procurarse el sustento debe engendrar una gran pereza.

—En los países salvajes el inconveniente es menor que en los países relativamente civilizados, como las Molucas, Ceram, las Maldivas, Sumatra, Amboine, etc., que se llaman «distritos de sagral», y de donde se extrae la mayor parte de esta preciosa sustancia de tan frecuente uso en Europa. El bajo precio de la alimentación produce resultados enojosos. Los habitantes se contentan con añadir un poco de pescado á su harina, y como no tienen nada que hacer en sus casas se dedican á vagar buscando una ocasion de tráfico ó de pesca en las islas cercanas. Consideran que es inútil el cultivar la tierra, y viven miserablemente, á pesar de la opulencia del suelo.

—Si, tus cálculos son exactos y deben serlo, porque acabo de ver la prueba y nos bastará trabajar día y medio para asegurar nuestra provision de un mes.

—Justamente, y por eso no necesitamos que el trabajo nos rinda. Esto es tanto mejor, cuanto ya hemos dado cima á la parte más ruda. Esta tarde llevaremos toda nuestra pulpa al arroyo en los cestos que Víctor ha fabricado. En seguida la lavaremos.

(Se continuará.)

VIAJES EXTRAORDINARIOS LAUREADOS POR LA ACADEMIA FRANCESA.

EL ARCHIPIÉLAGO DE FUEGO,

POR JULIO VERNE.

TRADUCCION DE ALFREDO GARCIA LOPEZ.

La multitud se encaminó al límite de la explanada, cerca del terrado en que estaba el monumento de sir Maitland.

Impulsado Nicolas Starkos por un sentimiento más intenso que el de la simple curiosidad, se colocó en la primera fila de espectadores.

Al poco rato, y con la claridad de la luna, empezó á verse la corbeta con sus luces de posición. Avanzaba de bolina con objeto de tomar la vuelta del cabo Blanco, que se prolonga al extremo de la isla. Un segundo cañonazo se disparó en la ciudadela y luego otro, contestados con tres detonaciones que iluminaron las portas de la *Syphanta*. Á los cañonazos respondieron millares de ¡hurrah! que llegaron á la corbeta cuando doblaba la bahía de Kardakis.

Luego todo quedó sumido en el silencio. Poco á poco se dispersó la multitud por las calles del barrio de Kastrades, dejando el campo libre á los escasos transeúntes que por placer ó por sus negocios seguían en la explanada.

Por espacio de una hora continuó Nicolas Starkos, siempre pensativo, en la vasta plaza de armas, ya casi desierta. Pero ni en su corazón ni en su cabeza debía reinar el silencio. Brillaban sus ojos con un fuego que no podían ocultar los párpados. Su mirada se dirigía, como por un movimiento involuntario, hacia el sitio por donde acababa de desaparecer la corbeta detrás de la confusa masa de la isla.

Cuando dieron las once en el reloj de la iglesia de San Spiridion, Nicolas Starkos se acordó de que debía acudir á la cita con Skopelo, cerca de las oficinas de Sanidad del puerto, y subiendo las calles del barrio que se dirigen al Fuerte Nuevo, no tardó en llegar al muelle.

Ya estaba Skopelo allí.

El capitán de la sacoleva se acercó á él.

—¡La corbeta *Syphanta* acaba de zarpar! —lo dijo.

—¡Ah! —exclamó Skopelo.

—¡Si... para perseguir á Saeratif!

—¡Esa ú otra... ¡lo mismo da! —respondió Skopelo, señalando al gig que se balanceaba al pie de la escalerilla, movida por las últimas ondulaciones de la resaca.

Algunos minutos despues el bote atracaba al costado de la *Karysta*, y Nicolas Starkos saltaba á bordo diciendo:

—Hasta mañana, en casa de Elizundo.

VII.

EL INESPERADO.

Serian las diez de la mañana del día siguiente cuando Nicolas Starkos desembarcó en el muelle, dirigiéndose en seguida á la casa de banca. No era la primera vez que se presentaba en el escritorio, y siempre había sido recibido como un cliente cuyos negocios no se pueden despreciar.

Elizundo le conocía, y sin duda no ignoraba detalles de su vida. Sabía que era hijo de aquella patriota de que habló una vez Enrique d'Albaret, pero nadie conocía lo que era el capitán de la *Karysta*.

En cuanto Nicolas Starkos entró, fué recibido como si se esperase su visita. En efecto, la carta, fechada desde Arkadia, y que había llegado cuarenta y ocho horas ántes, era suya. En seguida fué conducido al despacho donde se hallaba el banquero, el cual tomó la precaución de cerrar la puerta con llave. Elizundo y su cliente se encontraban uno enfrente de otro. Nadie les molestaria ni escucharía lo que dijeran en su conversacion.

—Buenos días, Elizundo —dijo el capitán de la *Karysta*, dejándose caer en el sillón como si estuviera en su propia casa. —¡Hace seis meses que no nos hemos visto, áun cuando supongo que habréis tenido noticias mías con frecuencia! No he querido pasar tan cerca de Corfú sin detenerme para experimentar el placer de daros un apretón de manos.

—No habeis venido para visitarme ni para hacerme cumplimientos, Nicolas Starkos —repuso el banquero con voz sorda. —¿Qué queréis de mí?

—¡Ah! —exclamó el capitán—; os reconozco, mi antiguo amigo Elizundo! ¡Nada para los afectos, todo para los negocios! Hace mucho tiempo que habeis debido guardar vuestro corazón en uno de los cajones más ocultos de vuestra arca, un cajón cuya llave se habrá perdido! —¡Es verdad que tenéis razón, Elizundo! Dejémoslos de tonterías. Seamos formales. Tenemos que discutir graves intereses que no deben sufrir ningun retraso.

—Vuestra carta me habla de dos asuntos —dijo el banquero—; uno que entra en la categoría de nuestras relaciones habituales, y otro que es puramente personal vuestro.

—Así es, amigo Elizundo.

—¡Pues bien, hablad, Nicolas Starkos! ¡Tengo deseos de conocer los dos!

El banquero se expresaba en términos concretos.

De aquel modo quería poner á su visitante en situación de explicarse sin andar con rodeos ni con evasivas. Pero con la sequedad de sus preguntas contrastaba el bajo tono en que las hacía. Era evidente que entre aquellos dos hombres puestos cara á cara no llevaba el banquero la mejor parte.

Por esto el capitán de la *Karysta* no pudo disimular una sonrisa que Elizundo no llegó á ver.

—¿Cuál de los dos asuntos abordaremos en primer lugar?—preguntó Nicolas Starkos.

—;Primero el que personalmente os atañe!—contestó el banquero con viveza.

—Prefero comenzar por el que no lo es—replicó secamente el capitán.

—;Como queréis, Nicolas Starkos! ¿De qué se trata?

—De un convoy de prisioneros que debemos recibir en Arkadia. Se compone de doscientos treinta y siete cabezas, entre hombres, mujeres y niños, que van á ser trasladados á la isla de Scarpanto, desde donde yo me encargo de conducirlos á la costa berberisca. Ya sabéis, Elizundo, puesto que varias veces hemos realizado operaciones de este género, que los turcos no entregan su mercancía sino á cambio de dinero ó de papel, á condición de que una buena firma le dé valor positivo. Vengo á pedirlos la vuestra, y cuento con que se la daréis á Skopela cuando os traiga las letras perfectamente preparadas. ;Supongo que no tendréis dificultad! ¿no es cierto?

El banquero no contestó, pero su silencio significaba aquiescencia á la pregunta del capitán. Había precedentes que le comprometían.

—Debo añadir—continuó Nicolas Starkos con cierto abandono—que el negocio no será malo. Las operaciones militares otomanas toman mal aspecto en Grecia. La batalla de Navarino tendrá funestas consecuencias para los turcos, puesto que las potencias europeas han tomado cartas en el asunto. Si renuncian á la lucha se acabaran los prisioneros, las ventas y las ganancias. Por esta razón, esos últimos convoyes que nos entregan en condiciones muy aceptables, serán adquiridos á grandes precios en las costas de Africa. Nuestros encontrarémos beneficio en este negocio, y vos también le encontraréis. ¿Puedo contar con vuestra firma?

—Os descontaré vuestras letras—repuso Elizundo—y así no hay necesidad de mi firma para nada.

—Como queráis, Elizundo—dijo el capitán;—pero nos hubiéramos contentado con la firma. ;Otras veces no habeis tenido dificultades para dárnosla!

—;Otras veces no es hoy—replicó Elizundo—y hoy.... hoy tengo ideas diferentes sobre todo esto!

—;Ah! ;No lo sabía!—exclamó el capitán.—Pero, en fin, sea á vuestro gusto. ¿Es verdad, como me han dicho, que pensais abandonar los negocios?

—;Si, Nicolas Starkos!—contestó el banquero con acento firme;—y por lo que se refiere á vos, ésta es la última operación que hacemos juntos.... ¡ya que os empeñais en hacerla!

—Me empeño en absoluto, Elizundo—dijo Nicolas Starkos secamente.

Luego se levantó y dió algunos paseos por el gabi-

nete, sin dejar de mirar al banquero de un modo nada cariñoso. Colocándose otra vez delante de él le dijo con acento burlón:—Amigo Elizundo, debéis de ser muy rico, puesto que tratáis de abandonar los negocios.

El banquero no contestó.

—;Y qué haréis—siguió diciendo el capitán—de esos millones que habeis ganado? ;No los llevaréis con vos al otro mundo! ;Eso es muy enojoso para hacer un viaje! Cuando hayais partido, ¿á quién irán á parar?

Elizundo persistió en su silencio.

—;Irán á manos de vuestra hija, la hermosa Hadjine Elizundo! ;Ella heredará la fortuna de su padre! ;Nada más justo! Pero.... ¿qué hará ella en la vida, sola, con tanto dinero?

El banquero se puso en pié con algún trabajo, y rápidamente, como si confesara una culpa cuyo peso le ahogase, dijo:

—;Mi hija no estará sola!

—;La casaréis?—preguntó el capitán.—Y ¿con quién? ¿Habrá algún hombre que pueda amar á Hadjine Elizundo cuando sepa el origen de una gran parte de la fortuna de su padre? Y es más: cuando Hadjine Elizundo lo conozca, ¿se atreverá á entregar su mano?

—¿Cómo ha de saberlo?—dijo Elizundo.—Hasta ahora no sabe nada. ¿Quién se lo dirá?

—Yo, si es preciso.

—¿Vos?

—;Si, yo! Escuchad, Elizundo, y grabad en vuestra memoria mis palabras—añadió el capitán de la *Karysta*—porque no volveré á haberos jamás de esto. Habeis ganado esa enorme fortuna por mí, por las operaciones que hemos hecho juntos y en las que yo arriesgué mi cabeza. ;Traticando con mercancías producto del saqueo, y con prisioneros comprados y vendidos durante la guerra de la independencia es como habeis amontonado esas ganancias, cuyo importe se eleva á millones! Pues bien; es muy justo que esos millones vuelvan á mi poder. ;Yo soy muy despreocupado, ya lo sabéis! Nunca os haré preguntas sobre el origen de vuestra fortuna. En cuanto termine la guerra yo tambien me retiraré de los negocios. ;Pero no me agrada el vivir solo, y creo, oídme bien, creo que Hadjine Elizundo debe casarse con Nicolas Starkos!

El banquero volvió á caer en su sillón. Comprendía que se hallaba por completo á merced de aquel hombre, que había sido su cómplice durante largo tiempo. Sabía que el capitán de la *Karysta* no retrocedería ante nada con tal de conseguir su objeto, y no dudaba de que era capaz de contar todos los detalles que conocía sobre la casa de banca.

Para responder negativamente á la pregunta de Nicolas Starkos, á riesgo de provocar una explosión de su cólera, no tenía más que decir una cosa, y después de un rato de vacilación, le dijo:

—Mi hija no puede ser esposa vuestra, Nicolas Starkos, porque está prometida á otro.

—;Á otro!—exclamó Nicolas Starkos.—Ciertamente que he llegado con mucha oportunidad. ;Ah!

¿cómo la hija del banquero Elizundo se casa....

— ¡Dentro de cinco días!

— ¿Y con quién? — preguntó el capitán, cuya voz temblaba por la ira.

— Con un oficial francés.

— ¡Con un oficial francés! ¿Es acaso alguno de esos amigos de Grecia que han venido en su auxilio?

— ¡Sí!

— ¿Cómo se llama?....

— El capitán Enrique d'Albaret.

— ¡Pues bien, amigo Elizundo — añadió Nicolás Starkos acercándose al banquero hasta el punto de que sus rostros casi se tocaban — os lo repito, cuando ese capitán Enrique d'Albaret sepa quién sois, despreciará á vuestra hija, y cuando vuestra hija conozca el origen de la fortuna de su padre, no pensará ni por un momento en ser esposa de Enrique d'Albaret. ¡Si hoy mismo no rompéis ese matrimonio, mañana también lo sabrán todo ambos prometidos! ¡Todo, sí!.... ¡todo!.... ¡Os juro por el diablo que lo sabrán!

El banquero se levantó de nuevo. Miró fijamente al capitán de la *Karysta*, y con un acento de desesperación que no podía engañar, dijo:

— ¡Está bien!.... ¡Me mataré, Nicolás Starkos, para no causar la vergüenza de mi hija!

— ¡Sí — repuso el capitán — pero se la causaréis en el porvenir como se la habéis causado en el presente, y con vuestra muerte no podréis impedir jamás que Elizundo haya sido el banquero de los piratas del Archipiélago!

Elizundo volvió á caer anonadado y sin contestar una palabra.

El capitán prosiguió:

— Esta es la razón de que Hadjine Elizundo no pueda ser esposa de ese Enrique d'Albaret, y de que de grado ó por fuerza lo sea de Nicolás Starkos.

Durante media hora más se prolongó aquella conversación, en súplicas por una parte y amenazas por la otra. No era el amor lo que impulsaba á Nicolás Starkos á desbaratar la boda de Hadjine Elizundo, no. Aquel hombre no quería más sino entrar en posesión de los millones del padre, y ningún argumento le haría retroceder.

Hadjine Elizundo no había tenido noticia de la carta que anunciaba la llegada del capitán de la *Karysta*; pero desde aquel día observó que su padre estaba más sombrío que de costumbre, como si le abrumase alguna secreta preocupación. Cuando supo que Nicolás Starkos se había presentado en la casa de banca experimentó viva inquietud. Conocía á aquel personaje de haberle visto ir varias veces durante los últimos años de la guerra. Nicolás Starkos inspiró siempre á la jóven una repulsión instintiva. La miraba de una manera que la producía disgusto, por más que él nunca la hubiese dirigido sino palabras de cortesía, como lo habría hecho cualquier habitual concurrente al despacho. Pero la jóven observó que después de cada visita del capitán de la *Karysta* permanecía su padre durante algún tiempo como presa de una posturación mezclada de espanto. Este era el origen de su antipatía hacia Nicolás Starkos.

Hadjine Elizundo no había hablado nunca de aquel

hombre á Enrique d'Albaret. Las relaciones que le unían á la casa no eran más que puramente de negocios, y en sus conversaciones jamás hablaron de los negocios de su padre, cuya índole era desconocida para la jóven. El oficial ignoraba, por consiguiente, los lazos que existían entre el banquero y Nicolás Starkos, así como entre éste y la heroica mujer á quien había salvado la vida en el combate de Chaidari y á la que no conocía más que por Andrónika.

Xaris, de igual modo que Hadjine, tuvo ocasión de ver varias veces á Nicolás Starkos en el escritorio de la *Strade Reale* y él también sentía la misma repulsión que su ama. Pero como su naturaleza era vigorosa y enérgica, aquel sentimiento se traducía de otra manera. Si Hadjine Elizundo evitaba el encontrarse en presencia de aquel hombre, Xaris lo hubiera deseado á condición de romperle las costillas, como decía con frecuencia.

— ¡No puedo hacerlo — pensaba; — pero quizá se presente pronto la ocasión!

Por todo se comprenderá que la noticia de la nueva visita del capitán de la *Karysta* al banquero Elizundo fuese recibida con disgusto por Xaris y por la jóven. Ambos se regocijaron mucho cuando supieron que Nicolás Starkos, después de una conversación que no había trascendido, salió de la casa tomando el camino del puerto.

Elizundo siguió encerrado en su despacho durante una hora. Nadie oía un solo movimiento. Pero sus órdenes eran formales; ni su hija ni Xaris podían entrar sin que él los llamase. Como la visita había sido muy larga, aquella vez su ansiedad crecía en razón del tiempo transcurrido.

De pronto sonó la campanilla de Elizundo, pero con un sonido débil, como producido por una mano poco firme.

Xaris respondió al llamamiento, abrió la puerta, que no estaba cerrada por dentro, y se encontró en presencia del banquero.

Elizundo seguía en el sillón, casi postrado con todo el aspecto de un hombre que acaba de sostener violenta lucha consigo mismo. Levantó la cabeza, miró á Xaris como si lo costase trabajo reconocerle, y pasándose la mano por la frente, dijo con voz ahogada:

— ¡Hadjine!

Xaris hizo una seña de afirmación y salió.

Un momento después estaba la jóven delante de su padre, el cual, sin más preámbulo y bajando los ojos, la dijo con voz alterada por la emoción:

— ¡Hadjine.... es preciso.... es preciso renunciar al matrimonio proyectado con Enrique d'Albaret!

— ¿Qué decís, padre mio?.... — exclamó la jóven, herida en el corazón por aquel golpe imprevisto.

— ¡Es preciso, Hadjine! — repitió Elizundo.

— Pero, padre, ¿no me diréis por qué retiráis la palabra que nos habéis dado á él y á mí? — preguntó la jóven. — Yo no discuto nunca vuestras órdenes, ya lo sabéis, y ahora tampoco las discutiré, sean cualesquiera los motivos que tengáis para dárme las.... Mas ¿no podéis decirme por qué razón he de renunciar á casarme con Enrique d'Albaret?

—Porque es necesario, Hadjine.... ¡es necesario que seas mujer de otro! —murmuró Elizundo.

Aunque hablaba en voz muy baja, su hija le entendió claramente.

—¡Otro! —dijo herida por aquel nuevo golpe con más fuerza que por el primero. ¿Y quién es ese otro?....

—¡El capitán Starkos!

—¡Ese hombre.... ese hombre!

Estas palabras salieron involuntariamente de labios de la joven, que tuvo que apoyarse en la mesa para no caer.

Luégo, como sublevándose ante aquella resolución que mataba todos sus sueños, dijo:

—¡Padre mío, en esa orden que me daís, y acaso á pesar vuestro, hay algo que no puedo explicarme! ¡Hay un secreto que no me queréis confiar!

—¡No me preguntes nada —gritó Elizundo— nada!

—¿Nada?.... ¡Padre!.... ¡sea!.... Pero si por obedecer os renuncio á ser esposa de Enrique de Albarét.... tampoco lo seré de Nicolás Starkos.... aunque me matéis!....

—¡Es preciso, Hadjine! —repitió Elizundo.

—Va en ello mi felicidad —exclamó la joven.

—¡También va mi honor!

—¡Qué! ¿el honor de Elizundo depende acaso de otro que no sea él? —replicó Hadjine.

—¡Sí!.... ¡de otro!.... ¡Y ese otro.... es Nicolás Starkos!

Al acabar estas palabras se levantó el banquero con los ojos extraviados y el rostro contraído como si fuera á congestionarse.

Cuando Hadjine vió así á su padre cobró toda su energía. Y en verdad que toda la necesitaba para decirle al marcharse:

—¡Está bien, padre mío!.... ¡Os obedeceré!

¡Iba á ser infeliz toda su vida, pero había comprendido que existía algún secreto espantoso en las relaciones del banquero con el capitán de la *Karysta*! ¡Conocía que se hallaba en manos de aquel hombre odioso!.... ¡Doblaba su cabeza en el ara del sacrificio!.... ¡El honor de su padre lo exigía!

Xaris recibió á la joven en sus brazos desfallecida y la condujo á su aposento. Allí supo todo lo que había sucedido y la renunció que se vió obligada á hacer. Con estas noticias se redoblaron los odios que le inspiraba Nicolás Starkos.

Una hora después, á la de costumbre, entraba Enrique d'Albarét en la casa de banca. Dijo que Hadjine Elizundo no estaba visible. Quiso ver al banquero.... El banquero no podía recibirle.... Pregunto por Xaris.... Xaris no estaba en el despacho.

Enrique d'Albarét volvió á su fonda muy inquieto. Nunca se le habían dado tales respuestas, y decidió volver por la noche. Entre tanto su ansiedad no tuvo límites.

Á las seis de la tarde le entregaron una carta. Miró el sobre y reconoció la letra del mismo Elizundo; lo abrió y pudo leer las siguientes líneas:

«Se ruega al señor Enrique d'Albarét que considere como no convenidos los proyectos de unión for-

mados entre él y la hija del banquero Elizundo. Por razones que no se refieren á él, no puede realizarse el matrimonio, y el señor Enrique d'Albarét hará bien suspendiendo sus visitas á la casa de banca.

ELIZUNDO.

El joven oficial no comprendió al principio lo que acababa de ver. Volvió á leer la carta, y quedó aterrado. ¿Qué había sucedido en casa de Elizundo? ¿Á qué debía atribuir aquel catibío? El día anterior había estado en la casa, donde se hacían los preparativos de la boda. El banquero le habló, y estuvo con él como siempre. Cuanto á la joven, nada indicaba que sus sentimientos hubiesen variado.

—¡Pero la carta no está firmada por Hadjine! —repeta. —¡La firma es de Elizundo!.... ¡No, Hadjine no ha sabido ni sabe lo que su padre me escribió!.... ¡Él ha modificado sus proyectos sin decirle nada!.... ¿Por qué? ¡Yo no le he dado motivo alguno que haya podido!.... ¡Ah! Pronto conoceré el obstáculo que se levanta entre Hadjine y yo.

Como no sería recibido en casa del banquero, le escribió diciendo que tenía un derecho indiscutible á conocer las razones que le obligaban á romper aquel matrimonio el día antes de verificarse.

Su carta no tuvo respuesta. Escribió otra y otras dos. Igual silencio.

Entonces se dirigió á Hadjine Elizundo suplicándole, en nombre de su amor, que le respondiese, aun cuando le prohibiera volver á verla jamás. Tampoco obtuvo contestación.

Es probable que su carta no llegase á manos de la joven. Enrique d'Albarét tenía motivos para creerlo así, pues conocía bastante su carácter para estar seguro de que le hubiera dado una respuesta.

Desesperado el joven oficial, trató de ver á Xaris. Para conseguirlo recorrió durante el día la *Strada Reale*, rondando durante horas enteras las cercanías de la casa de banca. Todo fué inútil. Xaris no salía, quizás obedeciendo órdenes del banquero, ó acaso por atender á las súplicas de Hadjine Elizundo.

De este modo pasaron los días 24 y 25 de Octubre. En medio de las horribles angustias que experimentaba, imaginábase Enrique d'Albarét que había llegado á los límites del sufrimiento.

El día 26 circuló por la ciudad una noticia que iba á darle un golpe más terrible todavía.

No solamente estaba roto su matrimonio con Hadjine Elizundo, ruptura que todo el mundo conocía ya, sino que la joven iba á casarse con otro.

Enrique d'Albarét quedó anonadado al oír aquel rumor. Otro que no era él sería el esposo de Hadjine.

—¡Yo sabré quién es ese hombre! —exclamó.— ¡Sea quienquiera, yo lo conoceré!.... ¡Llegaré hasta él.... le hablaré.... y fuerza será que me responda!

El joven oficial no debía tardar en saber quién era su rival. Vióle entrar en la casa de banca, signóle cuando salió, le espío hasta el puerto, donde le esperaba su lote al pie del muelle, y observó que atravesaba á la escuela anclada á distancia de medio cable.

Era Nicolás Starkos, el capitán de la *Karysta*.

Esto acontecía el 27 de Octubre. De los informes

exactos que Enrique d'Albaret adquirió, resultaba que la boda de Hadjine Elizundo y Nicolas Starkos estaba muy próxima, pues los preparativos se llevaban á cabo con gran prisa. La ceremonia religiosa se había fijado para el 30 del mes en la iglesia de San Spiridon, es decir, para el mismo día destinado á la boda con Enrique d'Albaret. ¡Pero el prometido no era él; era aquel capitán que no se sabía de dónde venía ni á dónde iba!

Enrique d'Albaret, que estaba dominado por un furor que no era dueño de avasallar, se había resuelto á provocar á Nicolas Starkos aunque fuera al pie de los altares. Si no le mataba sería muerto por él; pero al menos quedaría aquella situación intolerable.

Decíase, hablando consigo mismo, que el matrimonio se verificaba con el consentimiento de Elizundo y que era el padre quien disponía de la mano de su hija.

—¡Sí, se casa contra su voluntad!.... ¡Es víctima de una presión que la liga á ese hombre!.... ¡La pobre joven se sacrifica!....

Durante el día 28 de Octubre, Enrique d'Albaret trató de encontrar á Nicolas Starkos. Acechó á la hora del desayuno, acochó á la hora de entrar en el escritorio; pero en vano. Y dentro de dos días se realizaría aquel odioso matrimonio; dos días en los cuales el joven oficial hizo todo cuanto pudo para llegar hasta la joven ó para hallarse frente á frente con Nicolas Starkos.

Pero el 29, á las seis de la tarde, ocurrió un hecho inesperado que debía precipitar al desenlace de aquella situación.

Cerca de las doce corrió la noticia de que el banquero había sido atacado de una congestión cerebral.

En efecto, dos horas después Elizundo estaba muerto.

VIII.

VEINTE MILLONES DE POR MEDIO.

Nadie podía prever las consecuencias de aquel suceso. En cuanto Enrique d'Albaret lo supo, pensó que habían de serle favorables. De cualquier modo, la boda de Hadjine Elizundo quedaba aplazada. Aunque comprendió que la joven debía ser presa de un dolor profundo, no vaciló en presentarse en la casa de la Strada Reale; pero no pudo ver á Hadjine ni á Xaris. No tenía más remedio que esperar.

—Si al casarse con Nicolas Starkos—pensaba—Hadjine hacía un sacrificio impuesto por su padre, ahora, cuando éste ya no existe, ese matrimonio no se verificará.

Aquel razonamiento era exacto. De una deducción tan lógica se desprendía que aumentaban tanto las probabilidades en favor de Enrique d'Albaret como disminuían las de Nicolas Starkos.

Por esto no llamará la atención que durante la mañana y á bordo de la saculava se sostuviese una conversación sobre aquel motivo, provocada por Skopelo.

El segundo de la *Karysta* fué quien llevó la noticia de la muerte de Elizundo, que ya circulaba por la ciudad.

Podría creerse que Nicolas Starkos se entregaría á un arrebatado de cólera al oír la relación de Skopelo, mas no fué así. El capitán sabía dominarse y no protestar contra los hechos consumados.

—¡Ah! ¿Ha muerto Elizundo?—dijo con indolencia.

—¡Sí!.... ¡Ha muerto!

—¿Se habrá suicidado?—añadió Nicolas Starkos, como si hablase consigo mismo.

—No—repuso Skopelo, que había oído la reflexión del capitán—no. Los médicos han declarado que el banquero Elizundo ha muerto de una congestión....

—¿Repentinamente?

—Poco ménos. Perdió el conocimiento y no pudo pronunciar ni una palabra antes de morir.

—Lo mismo de, Skopelo.

—Teneis razon, capitán, sobre todo si estaba ya terminado el negocio de Arkadia....

—Completamente—repuso Nicolas Starkos.—Nuestras letras estén descontadas, y ahora podrás tomar en el acto, con dinero contante y sonante, el convoy de prisioneros.

—¡Carumba! ¡ya era tiempo!—exclamó el segundo.—Buena; esta operación está terminada. Pero ¿y la otra?

—¿La otra?....—preguntó tranquilamente Nicolas Starkos.—¡Ah! la otra concluirá como debe concluir. Entiendo que no ha variado la situación en nada. ¡Hadjine Elizundo obedecerá á su padre muerto como le ha obedecido vivo, y por las mismas razones!

—¿Es decir, capitán, que no tenéis intención de abandonar la partida?

—¡Abandonarla!—replicó Nicolas Starkos con un tono que indicaba su firme voluntad de arrollar todos los obstáculos.—Díme, Skopelo, ¿crees que pueda haber en el mundo un hombre, uno solo, que consienta en cerrar la mano cuando no hay más que abrirla para recibir en ella veinte millones?

—¡Veinte millones!—repitió Skopelo sonriéndose y moviendo la cabeza.—¡Sí! En unos veinte millones había yo calculado la fortuna de nuestro antiguo amigo Elizundo!

—Fortuna limpia, sana, en buenos valores—añadió Nicolas Starkos;—cuya realización podrá hacerse en seguida....

—En cuanto entres en posesión de ella, capitán, pues ahora toda esa fortuna irá á parar á manos de la hermosa Hadjine....

—¡La cual, á su vez, vendrá á las mías! ¡No temas, Skopelo! Con una palabra puedo perder el honor del banquero, y después de su muerte, como en su vida, la hija estimará más el honor que las riquezas. ¡Pero yo no diré nada, ni nada tendré que decir! La presión que ejercía sobre el padre ejerceré sobre la hija! ¡Esta aportará esos veinte millones como dote para Nicolas Starkos, y si lo dudas, Skopelo, es porque no conoces al capitán de la *Karysta*!

Hablaba Nicolas Starkos con tal seguridad, que su segundo, poco aficionado á hacerse ilusiones, se inclinó á creer también que el suceso de la víspera no estorbaría la realización del asunto, determinando sólo, cuando más, un aplazamiento.

La duración de éste era lo único que preocupaba á Skopelo, y áun á Nicolas Starkos, por más que éste no quería confesarlo. No dejó de asistir al día siguiente á las exequias del rico banquero, que se celebraron con sencillez y á las que acudió un número reducido de personas. En la fúnebre ceremonia se encontró con Enrique d'Albaret, pero entre ambos no hubo nada más que cambio de miradas.

En los cinco días que siguieron á la muerte de Elizundo, el capitán de la *Karysta* hizo vanos esfuerzos para hablar con la jóven. La puerta del escritorio estaba cerrada para todos. Parecía como si la casa de banca hubiera muerto á la vez que el banquero.

Enrique d'Albaret no fué más afortunado que Nicolas Starkos, y no pudo comunicarse con la jóven ni por medio de carta. Había motivo suficiente para sospechar si Hadjine hubiera huído de Corfú bajo la protección de Xaris, á quien no se veía en parte alguna.

Entre tanto, el capitán de la *Karysta*, lejos de abandonar sus proyectos, repetía á todas horas que su realización estaba aplazada. Con esto y con los trabajos de Skopelo, que esparcía el rumor por todas partes, nadie dudaba que pronto sería un hecho el matrimonio de Hadjine Elizundo y Nicolas Starkos. Se esperaba solamente que pasasen los primeros días de duelo, y que se regularizase la situación financiera de la casa.

Cuanto á la fortuna que dejó el banquero, se sabía que era enorme. Aumentada naturalmente por las habladurías del barrio y los rumores de la ciudad, no faltaba quien la quintuplicase. ¡Si, se afirmaba que Elizundo no había dejado menos de cien millones! ¡Qué heredera la jóven Hadjine! ¡Qué hombre tan feliz aquel Nicolas Starkos á quien su mano estaba prometida! No se hablaba más que de esto en Corfú, en sus dos barrios y hasta en las últimas aldeas de la isla, y los papuanas alfluían á la Strada Reale. No teniendo otra cosa mejor que hacer, contemplaban aquella casa famosa, en la cual había entrado tanto dinero y tanto debía encerrar, puesto que siempre salió muy poco.

Ciertamente, aquella fortuna era enorme. Se elevaba á unos veinte millones, y, como había dicho Nicolas Starkos á Skopelo, consistía en valores realizables con facilidad, no en fiancas.

Así lo reconocieron Hadjine Elizundo y Xaris durante los primeros días siguientes á la desgracia, y también averiguaron por qué medios habían sido adquiridas aquellas sumas. Xaris tenía bastante costumbre de los negocios de banca para darse cuenta del pasado de la casa por los libros y papeles que tuvo á su disposición. Sin duda se proponía Elizundo destruirlos más tarde; pero la muerte le sorprendió. Estaban allí, y ellos hablaban.

¡Hadjine y Xaris ya sabían á qué atenerse respecto á la procedencia de aquellos millones! ¡En cuántos tráficos odiosos, en cuántas miserias descansaba toda aquella riqueza? ¡No abrigaban ya la menor duda! Hé aquí la causa de aquel influjo que Nicolas Starkos tenía sobre Elizundo. ¡Era su cómplice! ¡Con una palabra podía deshonrarle! ¡Y luego, si le

convenía desaparecer, nadie podría seguir sus huellas! ¡Ah! ¡Hacía pagar al padre su silencio, arrebatándole la hija!....

— ¡Miserable! ¡miserable! — exclamaba Xaris.

— ¡Calla! — respondía Hadjine.

En efecto, cada día, porque comprendía que sus palabras alcanzaban á alguien más que á Nicolas Starkos.

Aquella situación no podía continuar por mucho tiempo. Era necesario que Hadjine Elizundo se encargase de precipitar el desenlace en interés de todos.

Seis días después de la muerte de Elizundo, y ya cerca de las siete de la tarde, Xaris, que esperaba en la escalera del muelle, rogó á Nicolas Starkos que fuera inmediatamente á la casa de banca.

No diríamos que aquel aviso fuera dado con amabilidad. El tono de Xaris no tenía nada de atractivo, y su voz distaba mucho de la dulzura cuando habló con el capitán de la *Karysta*. Pero éste, que no se conmovió por tan poca cosa, siguió á Xaris hasta el escritorio, en el que fué inmediatamente introducido.

Los vecinos que vieran entrar á Nicolas Starkos en aquella casa tan cerrada hasta entonces, no dudaron de que la suerte le era favorable.

Nicolas Starkos encontró á Hadjine Elizundo en el despacho de su padre. Estaba sentada delante de la mesa, encima de la cual se veían muchos papeles, libros y documentos. El capitán comprendió que la jóven se había enterado ya de los negocios de la casa. Mas ¿cómo era las relaciones que el banquero había tenido con los piratas del Archipiélago? Esto era lo que se preguntaba.

Al entrar el capitán se levantó Hadjine, con lo que evitaba ofrecerle asiento, y mandó á Xaris que los dejase solos. Estaba vestida de negro. Su rostro grave y sus ojos fatigados por el insomnio, indicaban gran cansancio físico en su persona, pero no abatimiento moral. En aquella conversación, que iba á tener importantes consecuencias para todos los que fuesen objeto de ella, no debía abandonar la calma ni por un momento.

— Héme aquí á vuestras órdenes, Hadjine Elizundo — dijo el capitán. — ¿Por qué me habeis llamado?

— Con dos motivos, Nicolas Starkos — respondió la jóven, que se proponía llegar pronto al fin. — En primer lugar debo decirles que el proyecto de matrimonio que mi padre me imponía, bien lo sabéis, queda roto desde este instante.

— Y yo — replicó triamente Nicolas Starkos — me limitaré á contestaros que, al hablar así, no habréis reflexionado bastante las consecuencias de vuestras palabras.

— He reflexionado — dijo la jóven — y comprenderéis que mi resolución es irrevocable, puesto que no me falta nada que saber sobre la índole de los negocios que la casa de Elizundo ha hecho con vos y con los vuestros, Nicolas Starkos.

(Se continuará.)

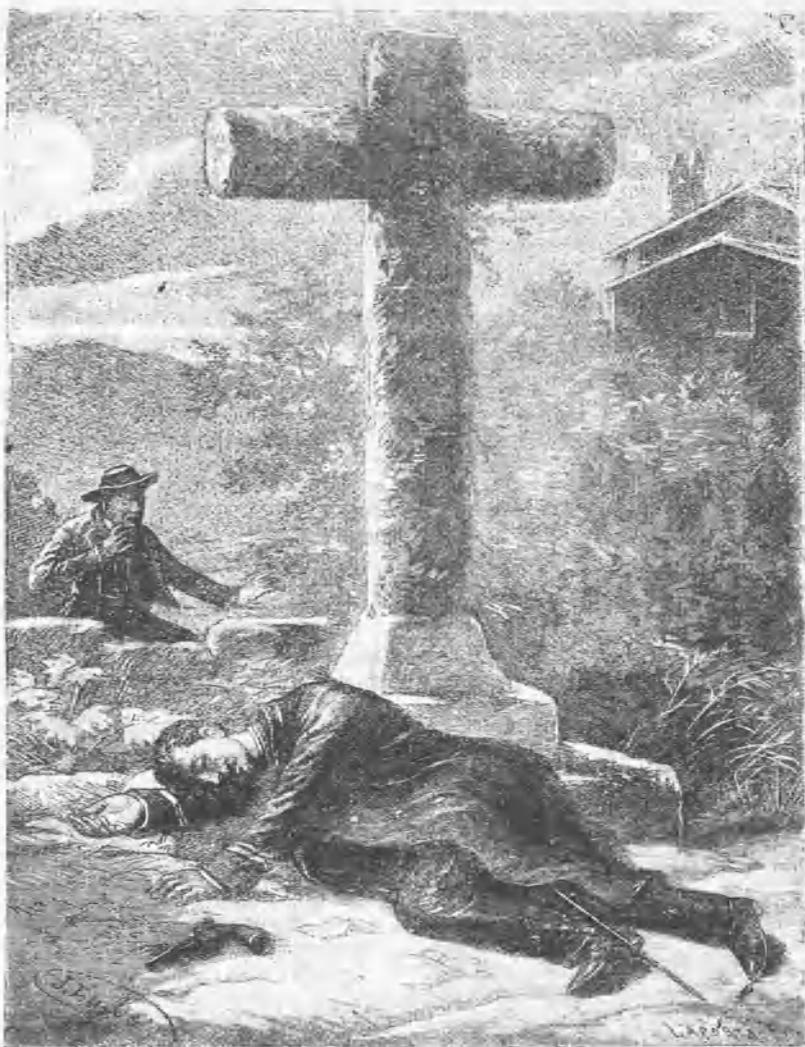
LA VIUDA,

NOVELA DE OCTAVIO FEUILLET, DE LA ACADEMIA FRANCESA.

TRADUCCION DE ILDEFONSO ANTONIO BERMEJO.

Segun todas las apariencias, en el momento fatal en que negó en la hora en que su crimen se formalizaba de una manera irreparable, recordó con una luci-

dez repentina y terrible—como un hombre que se despierta—todo lo que podía agravar el horror que sentía. Volvió sobre el pasado al pie de aquella cruz,



Tendido en el suelo y bañado en su sangre.

vió dos niños abrazados que se juraban una fidelidad eterna; volvió á ver, en medio de una cabaña sepul-

tada bajo la nieve, al amigo de su infancia y de su juventud moribundo de una muerte heroica y san-

griente. Oyó su voz suplicante, su voz desesperada y desgarradora, y todas las palabras supremas de su confiada amistad.

—¿Me lo prometes, Mauricio?

—Sí.

—¿Por tu honor?

—Por mi honor.

Y era él, él mismo, quien turbaba su sueño de muerte, el que le ultrajaba en su tumba.

En este instante, sin duda, el joven oficial avrojó lejos de sí con desprecio todos los sofismas, todos los argumentos con que había querido paliar su falta á sus propios ojos: ya no vió más que el honor que había sido el culto de su vida, al cual faltaba; el honor cuyo nombre no se atrevería á pronunciar mientras existiera, el honor, que no sufre equívocos ni compromisos; la palabra empeñada, que se respeta cuando se trata de un hombre honrado, y que se viola cuando el hombre es un miserable; y él decididamente no quiso ser un miserable.

Leíase á la mañana siguiente en uno de los diarios del departamento:

«Un cruel acontecimiento, rodeado de las circunstancias más dramáticas, acaba de cubrir de luto á dos de las familias más honradas de nuestro país. Antes de ayer, 29 de Setiembre, el comandante de artillería Du Pas-Devant de Fremouse se casaba, en el castillo de La Pave, con Mme. de La Pave, viuda del teniente de navío de este nombre. Á las diez de la noche, mientras que la recién casada hacia todavía los honores de su salón á sus invitados, estando los balcones entresabiertos, se oyó en el campo una detonación. La joven Mme. de Fremouse, observando que su marido estaba ausente hacia algunos instantes, se alarmó. Como estaba abierta la estación de la caza, procuraron persuadirla de que esta detonación de arma de fuego la había producido un cazador que descargaba su arma. Pero los presentimientos de la joven estaban fundados. Una media hora más tarde, uno de los colonos de Mme. de La Pave corrió al castillo.

«Á corta distancia de la avenida, en una encrucijada donde se encuentra una vieja cruz de piedra muy conocida de los gentes del país, había encontrado al comandante de Fremouse tendido en el suelo, sin vida y bañado en sangre. Á su lado, en el camino, se halló un revólver de pequeñas dimensiones, que tenía la costumbre, ha dicho su hermana, de llevar en su capote de uniforme. Una bala le había atravesado el corazón. La hipótesis de un crimen es indudable. Nos encontramos enfrente de un suicidio inexplicable, pues M. de Fremouse, oficial del más brillante porvenir, casado por la mañana con una persona á quien adoraba, rico por sí mismo y por su mujer, existían mil razones que debían dilatar su vida. Nos vemos precisados á suponer que una herida en la cabeza que recibió en la batalla del Mans, y la cual le hacia sufrir, ha determinado súbitamente en el comandante un desorden cerebral. Renunciamos á describir el dolor de Mme. de Fremouse, la madre, y el de su desgarrada quera.»

FIN.

HUCHA AMERICANA.

En uno de mis últimos viajes á Londres, paseándome en el *Sydenham Palace*, me llamó la atención una singular hucha montada sobre una caja, donde se veía un cuadro parecido á los que están colocados sobre algunos relojes de música.

Este cuadro representaba una de las calles de Londres. Los coches y los transeúntes estaban representados por ingeniosas recortaduras de cartón colocadas sobre una ranura.

Un cartel muy visible tenía la siguiente inscripción:

Aviso al público.—Echad una pieza de dos sueldos en la hucha, y el cuadro mecánico funcionará.

Yo acudí á esta invitación. Dejé caer una pieza de dos peniques en la hucha, y en seguida vi moverse los carrujitos y los transeúntes.

Un gran número de espectadores imitaron mi ejemplo, y al fin de la tarde no es dudoso que estuviera llena la hucha.

Este medio ingenioso de hacer sin grandes gastos y sin necesidad de empleado alguno una colecta tan importante, me parece bastante hábil para merecer una descripción.

El Científico Americano, de Nueva-York, ha dado la explicación de este curioso mecanismo.

Entre las invenciones que había con el fin de sacar algunas monedas á los visitantes de la exposición, dice el redactor americano, expondremos las singulares alcancías que su inventor colocaba en los principales hoteles, en las galerías de la Exposición, etc., etc. Estos aparatos consistían en una caja provista de una vidriera, á través de la que se veía una campiña en miniatura, con árboles, casas y transeúntes.

Sobre la caja había una etiqueta suplicando al público dejase caer en la hucha una pieza de cinco céntimos y vería el resultado que daba.

Quando la pieza había corrido, ponía en movimiento las ruedas de un mecanismo oculto, y en seguida se veían los pequeños personajes del cuadro ponerse en movimiento.

Habia otra hucha todavía más perfeccionada. La caja superior podía por sí misma dejar caer en las manos del visitante un retrato fotográfico con la imagen de un personaje célebre.

Mas para obtener estas fotografías presentaba muchas veces el aviso de echar en la hucha cierto número de piezas de cinco céntimos.

En el grabado que hoy publicamos, la figura 1.^a retrata el aparato tal como fué expuesto, y la 2.^a representa su corte longitudinal.

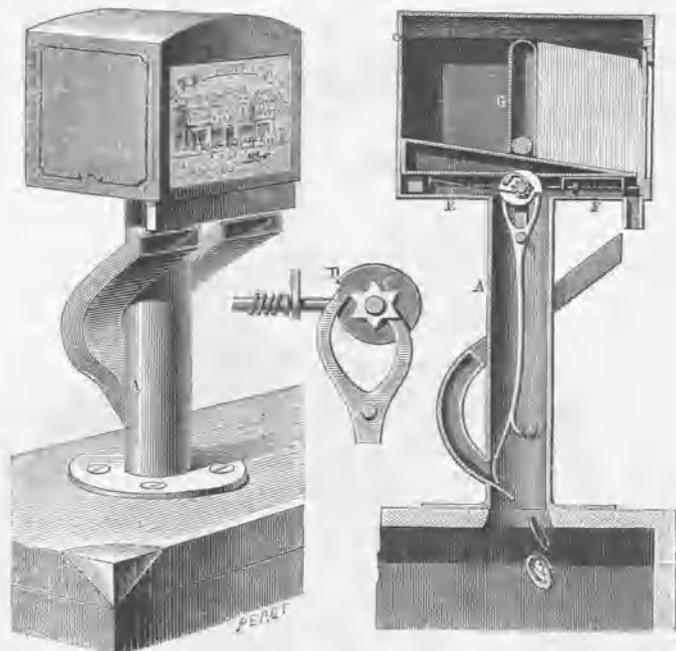
Sobre la caja inferior ó recipiente de monedas hay una columna hueca, A, que sostiene la caja en que están colocadas sobre un plano inclinado las tarjetas fotográficas, apoyándose sobre un cristal.

Al caer las monedas tropiezan en la extremidad de una palanca vertical que gira en seguida sobre un eje é imprime un movimiento de rotación á una rueda dentada C (véase el detalle del mecanismo).

La rueda C' tiene tantas entalladuras como monedas se exigen para la caída de una tarjeta.

Sobre el árbol de la rueda de escape hay otra que tiene una entalladura D; este árbol está movido por una cuerda arrollada al rededor de él, y atada al elástico E. Un pestillo de resbalon T, sollicitado por

un resorte se apoya constantemente contra la entalladura D. De suerte que á cada revolucion de la rueda que tiene esta entalladura, el resbalon al caer en la ranura se retira lo suficiente para dejar caer la primera tarjeta, quedando la siguiente en el resbalon.



HUCHA AMERICANA.

Para introducir las tarjetas se levanta la tapa del recipiente, que se puede cerrar despues con llave.

Como están colocadas sobre un plano inclinado, están siempre impulsadas hácia adelante por una placa móvil C, que tiene un rodillo en su base.

La invencion no es solamente un objeto fútil; puede utilizarse para distribuir anuncios y para vender periódicos, que se podrian introducir en la caja despues de haberlos doblado uniformemente.

JOSÉ RIVERA.

(EL ESPAÑOLETO.)

Dispútanse dos naciones la honra de haber sido su suelo la cuna de tan eminente artista. Italia supone que nació en Gallipoli, en el año 1593; pero España, más afortunada, ha demostrado con documentos auténticos que Rivera nació en Játiva, en el reino de Valencia, el día 12 de Enero de 1588. Fueron sus padres D. Luis Rivera y D.^a Margarita Gil.

Discípulo de Ribalta, bajo cuya direccion aprendió los rudimentos de la pintura en Valencia, no podía aficionarse á la escuela lánguida é imitativa de su maestro, ansiando modelos varoniles y ejecucion fuerte y arriesgada.

No lo encontraba en Valencia, ni creia encontrarlo en su patria, por lo que pasó á Italia.

En Nápoles, su padre le presentó á Miguel Angel, cuyas lecciones eran tan conformes al temperamento del *Españoleto*. Asegúrase que recibió este nombre de sus condiscipulos, que esperaban poco de su poca edad y de su pequeña estatura; pero bien pronto su manera fué la de un maestro, su escuela vigorosa y ascética, como la de Miguel Angel.

Las cabezas de apóstoles, los rostros de ancianos, los miembros endurecidos del soldado, la dureza del contorno, siempre verdadera; los tendones, las cicatrices, los músculos, todo grueso, profundo ó saliente, como la naturaleza en la ancianidad y la decrepitud, hé aqui lo que caracterizó el pincel de Rivera desde la edad de diez y siete años.

Entre los cuadros del *Españoleto*, ¿quién no recuerda *El Martirio de San Lorenzo*?

Enlazado con Leonora Cartese, hija de un acau-

dalado comerciante de cuadros, Rivera cambió su oscuridad y pobreza por la opulencia y las relaciones sociales que sólo procura el dinero.

El mismo Duque de Osuna, virrey de Nápoles, le nombró pintor de la corte, y le señaló una crecida pensión cuando su matrimonio con Leonora le había arrancado de los brazos de la miseria.

Recibió la condecoración de la orden de Cristo, que le concedió el Papa, y vió su casa atestada de cortesanos, de artistas, de discípulos y de adladores.

Fué el favorito de reyes y personajes del alto clero y de los jesuitas.

Entre los primeros, Felipe IV le distinguió sobre-



JOSÉ RIVERA.

manera; entre los últimos, el cuadro de *San Ignacio de Loyola escribiendo sus famosos Estatutos*, le conquistó fama imperecedera.

Sus cuadros se hallan diseminados por todas las galerías de Europa. Pasan de treinta los que poseen el Museo de Madrid.

Falleció en Nápoles en 1656.

ANÉCDOTA.

—Señores, nadie en el mundo ha pasado lo que yo; he visto morir á mi padre; mi madre espiró en mis brazos; la mujer que amaba se casó con un corista; he sido accionista de sociedades anónimas; en fin, he pasado hasta hambre y sed.

—Yo he pasado más que eso.

—¿Pues qué ha pasado usted, hombre?

—¡ Un duro falso!

UN PRESTIDIGITADOR EN 1800.

(CUADRO DE DON JOAQUÍN AGRASOT.)

El bello cuadro que reproduce nuestro grabado titulado *Un prestidigitador en 1800*, es original del conocido artista español D. Joaquín Agrasot. La composición es ingeniosa, los tipos fieles e interesantes, y hasta los accesorios y el decorado del patio donde el charlatan ejecuta sus sorprendentes juegos, revelan desde luego al artista observador y concienzudo.

LOS TERREMOTOS.

(Continuación.)

El Medio día de Europa, el Norte de África y gran parte de continente asiático son, pues, las comarcas del antiguo mundo alligadas por tales accidentes; en América se observan terribles sacudidas en la región de los Andes y en todos los países de las vertientes del Oeste de la gran cordillera, en las Antillas y en las orillas del golfo de Méjico; en la Occania son muchas las islas en que se experimentan los funestos efectos de los terremotos, siendo muy frecuentes las sacudidas en las islas de la Sonda, en las Filipinas, en Borneo y en las Célebes.

Sea cualquiera la causa de los terremotos, ó bien procedan éstos, como es muy probable, de orígenes diferentes, es lo cierto que dado el foco ó centro de la sacudida, ésta se propaga por ondas circulares, de capa en capa, á través de las masas elásticas minerales del suelo hasta las capas superficiales, de un modo muy semejante á la marcha de las ondas que en un estanque se originan al caer una plada y chocar contra la superficie de las aguas.

Cuando las ondulaciones terrestres son tan violentas que pasan el límite de la elasticidad de las masas minerales terrestres, éstas se rompen, desgajándose las rocas, abriéndose profundas grietas en el suelo, y dejando escapar por las galerías y quiebras así producidas grandes masas de gases, que á su vez provocan nuevos movimientos en la tierra.

Pero todos estos movimientos intestinos de las masas terrestres originan vibraciones que á su vez, y aparte de los efectos mecánicos, se traducen en ruidos y sonidos variadísimos. Los hay que, escuchados sin aparatos especiales, parecen, ya los bramidos del mar, ya lejanos truenos, ya descargas de formidable artillería; hay otros que antes y despues de los terremotos se producen, no percibidos de ordinario, pero sí con los modernos microfones stamicos, verdaderos microscopios de sonidos, dispuestos especialmente para apreciar los más ligeros y profundos ruidos que en el seno de la tierra se produzcan.

Estos ruidos subterráneos, como se propagan por las masas sólidas que forman la corteza terrestre, se propagan á distancias grandísimas, conservando muy bien su densidad, de forma que llega muchas ve-

ces mucho más lejos de los límites á que alcanza la zona del terremoto. Así sucedió, por ejemplo, que el día del gran terremoto de Nueva Granada, en Febrero de 1835, el ruido se oyó durante siete horas enteras en Popagan, en Bogotá, en Santa María, en Caratas, en Haití, en Jamaica y en las orillas del lago Nicaragua. Cuando ocurrió la gran erupción del Cotopaxi, en 1744, se oyeron la detonaciones subterráneas en Honda, á orillas del Magdalena, á pesar de mediar entre ambos puntos una distancia de 210 kilómetros, con una diferencia de nivel de 5.500 metros, y estando por medio las masas colosales que forman las montañas de Quito, Parto y Popagan, con valles intermedios, tortuosas gargantas y barrancos profundísimos.

Los terremotos producen asimismo en el mar efectos muy curiosos. Generalmente la oscilación terrestre ocasiona una gran onda que se propaga rápidamente á través de los mares. El 13 de Agosto de 1868 se inició en Arica un fuerte terremoto que, extendiéndose á todo lo largo de la costa americana, llegó por el Norte y por el Sur hasta Cobijén, poblaciones situadas á 4.875 y 2.100 kilómetros respectivamente del foco de la conmoción. Tres oscilaciones del suelo sucedieron al primer choque y cada una de ellas originó en el mar una ola gigantesca, que cruzando el inmenso Océano Pacífico, llevó sus efectos á las tierras colocadas al otro lado; la costa oriental de Nueva Zelanda y las islas Chatham fueron devastadas el 15 de Agosto; la triple ola tardó dos días en atravesar todo el Gran Océano. En Littletown, el mar se retiró primero un poco, dejando casi en seco la bahía; pero á la hora y media avanzó de nuevo con fuerte impulso, coronado por una ola de más de tres metros de altura, ola que fué seguida de otras tres separadas por intervalos de dos horas próximamente. Un fuerte terremoto acaeció en el Japon el 23 de Diciembre de 1854 produjo una inmensa ola que en doce horas y media cruzó el mar Pacífico, llegando al cabo de dicho tiempo á las costas de California, situadas á 4.810 millas del Japon, lo cual supone una velocidad en la onda de 360 millas por hora.

Á veces el centro de la oscilación se encuentra en las zonas submarinas, y entónces los efectos en el mar son aún más notables y curiosos, adquiriendo su máximo cuando á las sacudidas del fondo se unen levantamientos y erupciones volcánicas.

En las costas de Grecia, en el golfo de Arta, se nota uno de los ejemplos más extraños de esta clase de fenómenos. Desde 1847 el fondo del mar se ha elevado unos siete metros, y además de tiempo en tiempo (Noviembre de 1847, Febrero de 1865, etc.) se producen violentas sacudidas en el suelo, acompañadas de erupciones volcánicas con abundantes emanaciones de hidrógeno sulfurado. Las lavas y demás materiales incandescentes, al desparramarse amamamente divididas por el seno de las aguas, producen de noche fantásticos efectos. El navegante que surca en tales ocasiones aquellas aguas, cree contemplar dos cielos al mismo tiempo; uno sobre su cabeza, tachonado de estrellas, y otro bajo el



UN PRESTIDIGITADOR EN 1800.

(CUADRO DEL SR. AGRASOT.)

barco, no ménos sembrado de millares de discos chipanetas; parece que todas las piedras preciosas del Oriente se reflejan en el espejo de las aguas de aquella bahía. Desde lejos parece que las aguas y la costa con todos sus accidentes, reverberando lumbré, son presa de las llamas. Despues de la erupcion, las aguas, hasta entónces claras, quedan turbias, las costas impregnadas de azufre, y la superficie del mar llena de peces muertos hasta el golfo de Prevesa.

II.

Los sismómetros.—El sismómetro más sencillo.—Medida de la direccion e intensidad de los terremotos.—Temblores de trepidacion.—Sacudidas en las Calabrias.—El gran catástrofe de Seylla.—Las trepidaciones de Riocamba y China.—Terremotos de rotacion.—Terremotos de rotacion.—El phénico de Apsala.—Los terremotos de Andalucía.—Gran zona que ha alcanzado.—Generalidad del fenómeno.

Con objeto de medir la direccion del movimiento de las tierras en los terremotos y amplitud de la oscilacion del suelo, se han inventado los aparatos llamados *sismómetros*. Pero casi todos los instrumentos de esta clase propuestos hasta el día pœean, ó de muy complicados ó de poco precisos, y la mayor parte de ellos no valen lo que una botella de cristal deslustrado y llena hasta la mitad de un líquido coloreado. Colocada una botella semejante sobre una losa en lugar tranquilo, indica, en caso de una conmocion del suelo, la direccion de la corriente por los puntos más clavados de la pared mojada y teñida, y por la anchura de la zona la intensidad relativa de la conmocion. Sismómetro sencillo al alcance de todo el mundo.

Otros sismómetros, también muy sencillos, se componen de tubos con mercurio, y se fundan en que si un burómetro en tubo ó se huya rápidamente con la mano, la columna mercurial oscilará en direcciones opuestas.

Se dispone, por ejemplo, un tubo barométrico de dos ramas, una cubierta, ancha y con una columna de mercurio de unos 15 centímetros de mercurio, y la otra cerrada, y con doble altura de mercurio; un índice colocado sobre el mercurio de la rama corta sirve para indicar las oscilaciones del suelo; marcando el sitio donde dicho índice queda despues de una sacudida, la altitud máxima de la onda sismica. Para determinar la marcha horizontal del movimiento se disponen cuatro tubos de ramas iguales encorvados en ángulo recto, de modo que sus aberturas marquen los cuatro puntos cardinales. Si la conmocion va de Sur á Norte, el índice del tubo será impulsado hácia el Sur; si va del Sudeste al Nordeste, los índices de los tubos del Sur y del Este marcan el mismo movimiento, y así sucesivamente.

Para obtener la velocidad de traslacion es necesario espaciar instrumentos de estas clases de 15 á 15 millas.

El ángulo de emergencia se deduce de los movimientos de una bola colocada sobre un cilindro, sólidamente empotrada en el suelo.

Hoy día el estudio de estos movimientos ha reci-

bido un gran auxilio con la aplicacion de los microfónos á la percepcion de los ruidos subterráneos, pudiéndose apreciar, por los cambios de intensidad, direccion y periodicidad de los sonidos y ruidos subterráneos, detalles muy interesantes acerca de los movimientos del suelo, hasta de los más imperceptibles.

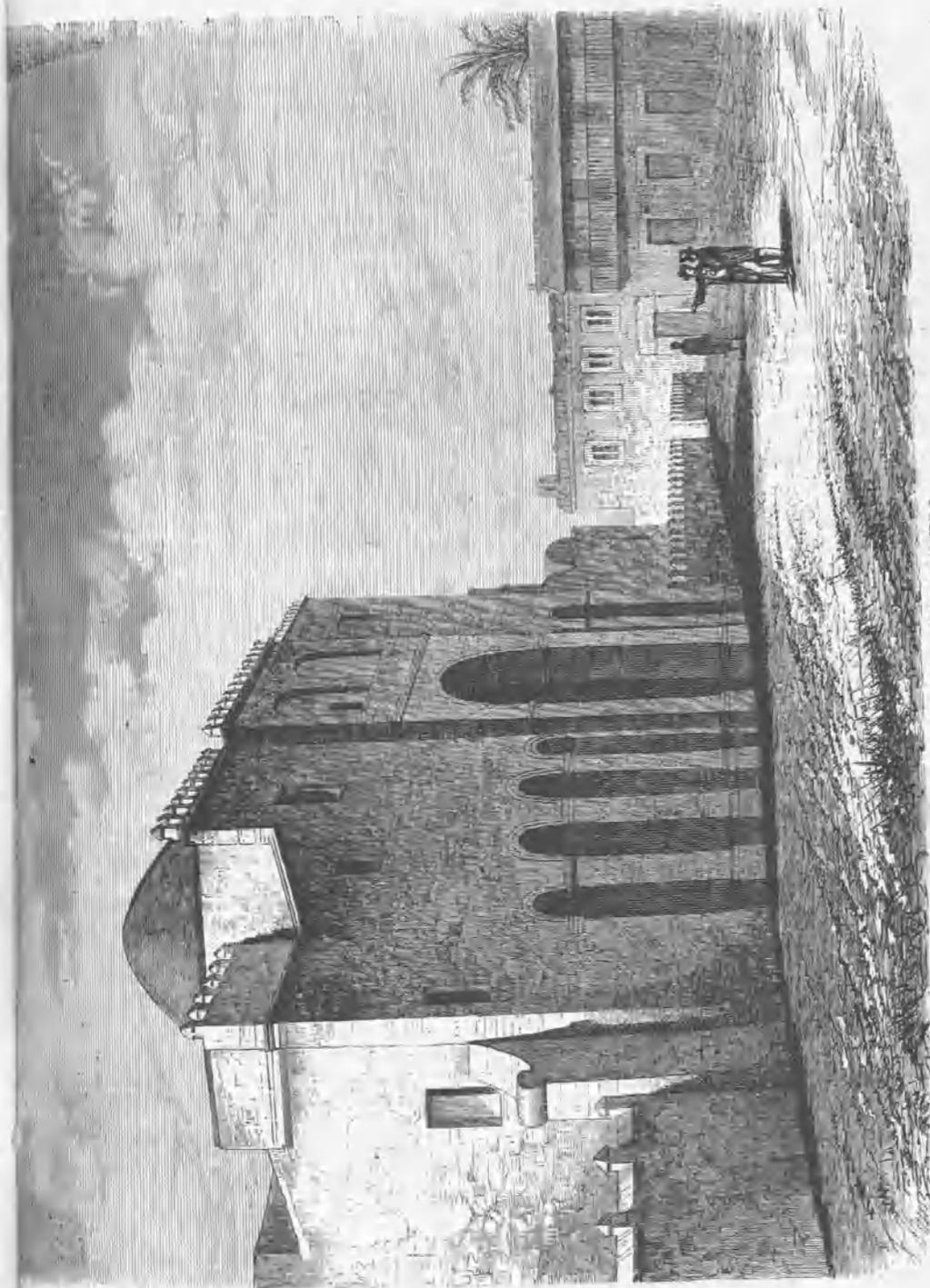
En cuanto á la índole de los movimientos que puede presentar el suelo en los terremotos, hay que distinguir: movimientos de sacudidas de arriba á abajo, ó sea de trepidacion; movimientos de oscilacion, como los platillos de una balanza, y movimiento de rotacion ó de torsion.

Los movimientos de trepidacion son á veces muy intensos. En los dos grandes terremotos de 5 de Febrero y 28 de Marzo de 1783, que devastaron la Calabria meridional, se vieron enormes masas de granito saltar bruscamente de sus asientos, y se proyectaron á bastante altura, ocurriendo otro tanto con las personas, con los animales, y aun con los edificios. En Seylla la catástrofe fué terrible; la primera sacudida hizo saltar muchas rocas del promontorio, lanzándolas sobre las viviendas y jardines de la poblacion.

El Príncipe de Seylla aconsejó entónces á las gentes que se refugiáran en los barcos para evadir los efectos de los temblores de la tierra; así lo hicieron muchos, encontrando muy razonable el consejo; pero hácia la media noche, otra violenta sacudida levantó el mar de seis metros y lo lanzó con violencia extraordinaria contra aquellas escarpadas costas, destrozando la mayor parte de las embarcaciones contra las peñas, sumergiendo otras y lanzando algunas con tal ímpetu que fueron encontradas despues tierra adentro á grandes distancias de la costa.

En el temblor de tierra que en 1797 destruyó la ciudad de Riobamba, al Sur de Quito, la fuerza de la sacudida fué tal, que los cadáveres de muchas habitantes fueron lanzados sobre la colina *La Celler*, á algunos centenares de pies. Refiérese, en fin, que durante el temblor de tierra de Chile, en 7 de Noviembre de 1837, un gran mástil clavado en tierra á ocho metros y medio de profundidad, y sujeto ademas con barras de hierro, fué despedido del suelo como un venablo disparado por gigantes en balista, dejando en la tierra un enorme boquete.

El movimiento ondulatorio es más frecuente que el de trepidacion, y su efecto muy semejante al del que produce en el agua la caída de una piedra, sólo que en el suelo la impresion es como si el choque se efectuara de abajo á arriba; así es que algunos testigos del gran terremoto de Lisboa decian que se veian oscilar los edificios como una flota bogando en medio del mar agitado. En los países en que esta clase de movimientos se presenta con frecuencia, las casas están construidas de modo que pueden resistir las oscilaciones del suelo. Tal ocurre en Filipinas y en las islas de la Sonda; pero esos mismos edificios difícilmente resisten á los otros movimien-



CATEDRAL DE SANTO DOMINGO.

las del suelo, pues las sacudidas violentas pueden arrancarlos de cuajo, y los movimientos de torsion desmenuarlos y destruirlos.

Esta última clase de terremotos es mucho ménos frecuente; se supone que son debidos á una modificación del movimiento oscilatorio. Se ha visto que muchos lugares situados dentro de la zona de actividad de un terremoto quedan intactos, formando como una isla en medio de las comarcas destruidas; tal efecto es sin duda debido á que la naturaleza del terreno en dichos lugares no es apta para la trasmision del movimiento. Terrenos de esta clase colocados en sentido horizontal, retardan más la marcha de las ondas sísmicas que llegan bajo ciertos ángulos, que las que llegan bajo otros, de donde se origina el movimiento de rotacion ó de torsion. Este movimiento tuerce las plantaciones rectilíneas y desorienta los edificios y los muros. El obelisco triangular de la plaza episcopal de Agram presentaba hasta hace diez y ocho años un curioso ejemplo de estos hechos. Las piedras sobrepuestas del obelisco habian girado de tal modo, que las aristas presentaban un ángulo de torsion de veinticinco grados lo ménos. Una reparacion ó restauracion que se hizo al referido monumento en 1866 hizo desaparecer esa curiosa prueba de la existencia del movimiento de rotacion que en algunos terremotos se presenta.

En cuanto á los terremotos que á fines del mes de Diciembre asolaron ricas comarcas andaluzas, no han sido tan reducidos como pudiera creerse por la consideracion de lo limitado de la zona devastada. Por el contrario, con más ó ménos intensidad ha afectado á una extension muy considerable de la tierra.

El 18 de Diciembre señalaba un buque procedente de los Estados-Unidos conmociones de gran intensidad en el Atlántico, que al día 22 se hicieron tan generales, que afectaron no sólo á las costas occidentales de España y Portugal, sino tambien y simultáneamente á las Azores y Madera; el 23, otro buque señalaba fuertes trepidaciones hácia los 33° latitud Norte y 12° longitud O. de San Fernando; trepidaciones que llegaron á su maximum, por lo ménos en Andalucía, la noche del 25 de Diciembre.

Y no pararon en el Mediodía de España, sino que propagándose hácia Levante, en los primeros días de Enero se han notado trepidaciones de más ó ménos intensidad en los Alpes occidentales, en la Híria austriaca, en Italia y aun en Bélgica, por donde se ve que la zona de los terremotos que han ocasionado los desastres de Málaga y Granada ha sido muy extensa, y que dichos terremotos no pueden de ningún modo considerarse como temblores superficiales, ni ser consecuencia inmediata de la actividad volcánica del globo, sino que han sido manifestaciones de causa más general y profunda, cual es el proceso general de las transformaciones que en la corteza sólida del globo se producen por consecuencia del enfriamiento gradual del planeta; pues reduciéndose de volumen, á consecuencia de

este enfriamiento, el núcleo central incandescente, la corteza sólida tiene que ir descendiendo y ajustándose necesariamente al núcleo, signiéndose á éste en su condensacion, y esto no puede verificarse sin plegarse unas tierras, romperse otras, descender ó elevarse unos trozos y abrirse otros, según la escasez de resistencias ó la rigidez de los distintos terrenos que la heterogénea masa sólida del globo presenta; así se producen los levantamientos, hundimientos, fallas y grietas; así se han originado en la superficie de la tierra esas inmensas arrugas que forman las cadenas de montañas, y así se producen las conmociones y oscilaciones que constituyen los terremotos.

DOCTOR HISPANUS.

LA CATEDRAL DE SANTO DOMINGO.

El edificio más notable de cuantos componen la ciudad de Santo Domingo, tanto por la solidez de su construcción como por su mérito artístico, es la catedral, que está formada de una piedra amarillenta, que se halla en unas canteras algo distantes de la población.

La catedral ocupa una superficie de 2,593 varas cuadradas, sin contar el espesor de los muros.

Por el Sur y el Este no ofrece nada de notable; el costado del Norte, que da á la Plaza Mayor, es un gran lienzo, en cuya centro hay un resalto, superiormente un mirador y dos ventanas pertenecientes al salon capitular; más abajo un arco grande; á los lados seis arcos más bajos, y el todo terminado por una gran cornisa almenada.

El interior de la iglesia está dividido en tres naves de 160 piés de longitud.

El ancho de la iglesia es de 82 piés.

En la nave izquierda hay dos tribunas con balcones que dan al cabildo.

Las ventanas que hay en los muros son casi todas caladas, y algunas están tapiadas para impedir la entrada de las aguas.

Los altares son, en general, dorados y pintados, y casi todos pequeños.

El retablo del altar mayor, dorado y encarnado, consta de un cuerpo bajo, compuesto de cuatro pares de columnas delgadas y pareadas. El segundo cuerpo, de otros dos pares tambien pareadas.

Encima de este retablo hay un escudo Real de España con águila de Austria.

No puede decirse exactamente la época de su construcción, pero pueden fijarse como aproximadas las siguientes:

Dióse principio á las obras en 1514, terminándose en 1540.

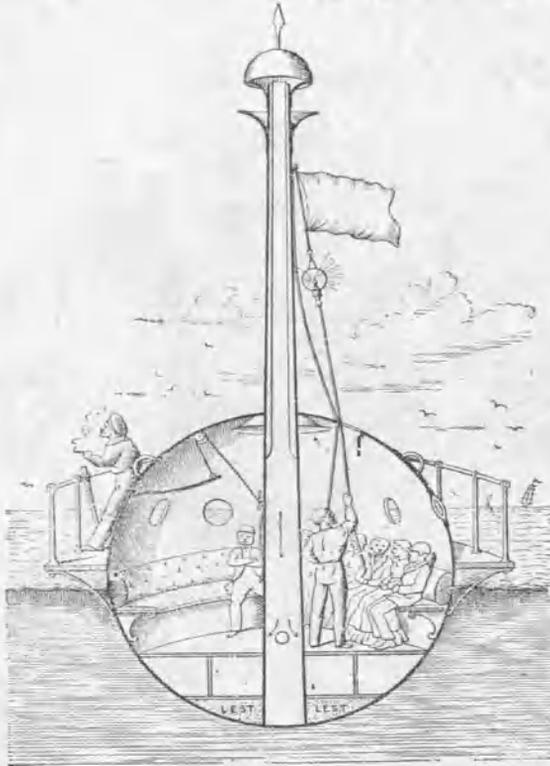
El edificio padeció bastante con el terremoto de 7 de Mayo de 1842, pero fué reparado al poco tiempo.

NUEVA EMBARCACION DE SALVAMENTO.

La embarcación de salvamento representada en nuestro dibujo, se debe á la inventiva de un americano, L. Mané.

Se compone de un cuerpo esférico hueco de metal ó madera, destinado á llevar lastre en su parte inferior, de tal modo, que pueda enderezarse por sí mismo desde que caiga en el agua, sin zozobrar en ningun caso por fuerte que sea el mar.

Está provisto de compartimientos para el agua y



NUEVA EMBARCACION DE SALVAMENTO.

las diversas provisiones, de una puerta y de una abertura para izar las señales, de asientos cómodos en el interior y de un mástil hueco que se asegura la ventilacion.

En el exterior hay una galería donde pueden permanecer los empleados en las maniobras de las velas y los remos.

Es seguramente obra de espíritu ingenioso; pero no parece muy práctica, en razon á las dificultades que presentaría el poner á flote semejante aparato.

SECRETOS.

En la celda de un loco, que estaba en Babia,
Y hace cuatro ó seis días murió de rabia,
Hallé, medio tapados con dos ladrillos,
Dos ó tres papeluchos muy amarillos,
Eran unas curiosas definiciones,
Del loco sacrosantas inspiraciones,

Hechas en sus momentos los más felices
Y escritos con la sangre de las narices.
Echemos á la calle tales apuntes,
Para que se diviertan los transeuntes.

I.

La mujer es un ángel (en cierto modo)
Que debe estar atada codo con codo,
Porque como se mire muy mimadito
Hace muchas trastadas el angelito.
Nace para señora de las naciones
Y arregla á su capicho los corazones;
Vende cualquier secreto casi de balde
Y se pinta la cara con albayalde.
Se hace la indiferente, y al hombre adora,
Y cuando le conviene suspira y llora:
Habla toda su vida más que un lorito.
¿Qué les parece á ustedes del angelito?

II.

Es el *hombre* un sujeto muy apreciable,
Á distancia de un tiro, muy aceptable;

No tiene consecuencia, ni le es precisa,
 Ni tiene ley al cuello de la camisa;
 Va haciendo caso omiso de sus deberes;
 Y suele divertirse con las mujeres;
 Le seduce del mundo la eterna gresca
 Y casi nunca sabe lo que se pesca;

Amante del negocio, que es lo seguro,
 Se pega con su padre por medio duro;
 Cruza la vida airado y atrabiliario,
 Y cuando llega á viejo reza el rosario;
 Para hacer algun daño nunca está quieto.
¿Qué me dicen ustedes de ese sujeto?

MODISMOS ESPAÑOLES.



UN HOMBRE DE PUÑOS.

III.

Es el amor, al ménos el que hoy se estila,
 Una especie de taza de agua de tila,
 Calmante, antinerviosa, flor delicada,
 Ni tiené consecuencias ni sabe á nada:
 Pasatiempo le llaman los amadores.
¿Qué me cuentan ustedes de sus amores?

IV.

La riqueza es gran llave: ¿quién la valúa,
 Si unas veces es llave y otras ganzúa?
 Con ella no se sufre de ningún modo,
 Y el mortal que la tiené pasa por todo;
 Hace á los majaderos inteligentes,
 Y eleva á la gentuza sobre las gentes;

El mundo miserable ciego la adora,
¿Sabe alguno de ustedes de esa senora?

V.

Es el pobre un zopenco muy mal vestido,
 Que anda por las calles como un perdido;
 Pasan sobre su cuerpo todos los males
 Y duerme por las noches en los portales.
 Pidiendo va limosna de puerta en puerta
 Y los hombres le dicen que se divierta.
 Sumido en la miseria, metido en fango,
 Se muere en el arroyo como un zanguango.
 El mundo se divierte: ¡lector, ten juicio;
 No seas nunca pobre, que es mal oficio!

EL ESTELION.

Bajo el sol ardiente del Egipto y de la Siria se ve con frecuencia extendido sobre las zonas áridas un pequeño lagarto, el *hacdam* de los árabes; el menor ruido le espanta, y deslizándose con rapi-

dez á lo largo de las paredes escarpadas, desaparece en algun agujero ó se oculta entre las piedras.

Si se logra apoderarse de uno de ellos se observa que el cuerpo es bastante deprimido, estando el dorso inclinado en ambos lados. Los miembros son largos y fuertes, las uñas cortas y robustas.

La cola, cuya longitud iguala casi á los dos ter-

MODISMOS ESPAÑOLES.



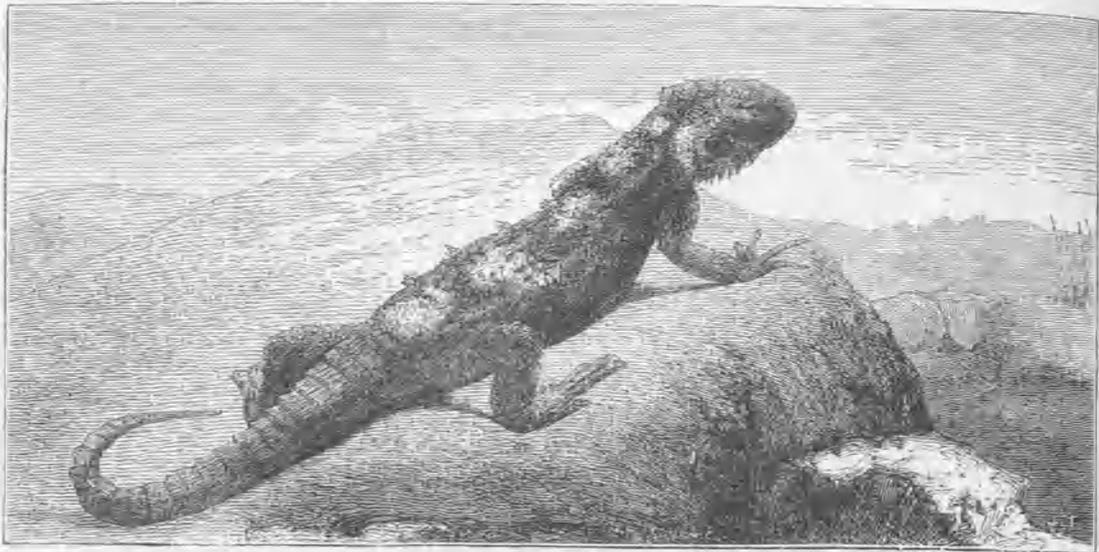
UN HOMBRE DE PELO EN PECHO.

cios del animal entero, cónica en casi toda su extensión, ofrece un aplanamiento hácia su raíz, y está rodeada por escamas espinosas, dispuestas en una serie de anillos. La parte superior del cuerpo presenta un tinte amarillo aceitunado. La longitud llega á ser de 15 centímetros.

Examinado de más cerca el inofensivo animal que se acaba de capturar, se nota que la cabeza es triangular, medianamente prolongada y aplanada; que la oreja es grande, estando enteramente al des-

cubierto la membrana del tímpano; que los lados de la cabeza están erizados de ramilletes de espinas cónicas, dispuestos en círculo al redor de una espina más larga que las otras.

Pliegues irregulares se ven á lo largo del cuello, bajo la garganta y á lo largo de los flancos; el cuello y los lados del cuerpo están armados de espinas que se elevan por cima de pequeñas escamas, ligeramente carenadas; un rudimento de cresta se extiende de la nuca hasta un poco por detras de los



EL ESTELION.

hombros; las escamas del dorso son mucho mayores que las de los flancos.

Los esteliones eran conocidos de los antiguos; son miedos como el camaleón; pónen en fuga á los escorpiones con su sola presencia.

Antiguamente se atribuían virtudes maravillosas al estelion contra ciertas enfermedades, que hoy día ya no se admiten.

En las inmediaciones del Nilo es donde particularmente abundan los esteliones.

Se encuentran muchos junto á las pirámides y las antiguas tumbas que subsisten todavía en Egipto.

EN EL TEATRO.

—¿Qué comedia es ésta?

—*El Desden con el desden.*

—Ya decía yo que conocía el estilo; todas estas obras de *Moreto* me encantan.

—¡Ah, no, Marqués! Está usted en un error. *El Desden* es de *Moreto*.

—¡Sí, hombre, sí! ¿Qué cabeza la mía! Sí, lo sé; de *Moreto*, ¡ya lo creo! ¡Pobre chico! ¿Y qué se hace ahora *Moreto*?

—Poca cosa; está en Trillo tomando las aguas.

—¡Pobrecillo!

DIALOGO.

—¿Usted qué es, ruso, francés ó bávaro?

—No, señor; soy español.

—¿Está usted empleado?

—No, señor.

—Pues entonces, se equivoca usted, amigo mío; usted no es español.

E. SZA.

EN UN CAFÉ.

—Mozo; ¿tiene usted riñones?

—Sí, señor.

—Pues si están buenos, traigame usted una ración.

—Pida usted otra cosa, señorito; la verdad es que hoy no duelen alguna cosa.

ADVERTENCIA.

En este número terminan las novelas *Evangelina* y *La Viuda*; en el próximo empezará la publicación de la novela *Aventuras de una familia de emigrantes en América*, por Gerstäcker, no dudando será del agrado de nuestros lectores.

SUMARIO.

GUAYACOS.—Huacha americana.—José Rivera.—Un prestigeador en 1800 (cuadro de Agassiz).—Catedral de Santo Domingo.—Nueva embarcación de salvamento.—Un hombre de puños.—Un hombre de pelo en pecho.—El estelion.—Varios dibujos pertenecientes á las novelas.

TEXTO.—*Evangelina* (fin), por Longfellow.—Ayuntamientos de un píjolo de París en Oceanía, por Luis Boussenard.—El Archipiélago de Paño, por Julio Verne.—*La Viuda* (fin), por Octavia Penitét.—Huacha americana.—José Rivera.—Anecdotas.—Un prestigeador en 1800.—Los terremotos (conclusion), por el Doctor Hispánico.—La Catedral de Santo Domingo.—Nueva embarcación de salvamento.—Sacrosos, por Ensebio Blasco.—El estelion.—En el teatro.—Diálogo.—En un café.—Advertencia.